

DEUDAS PAGADAS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

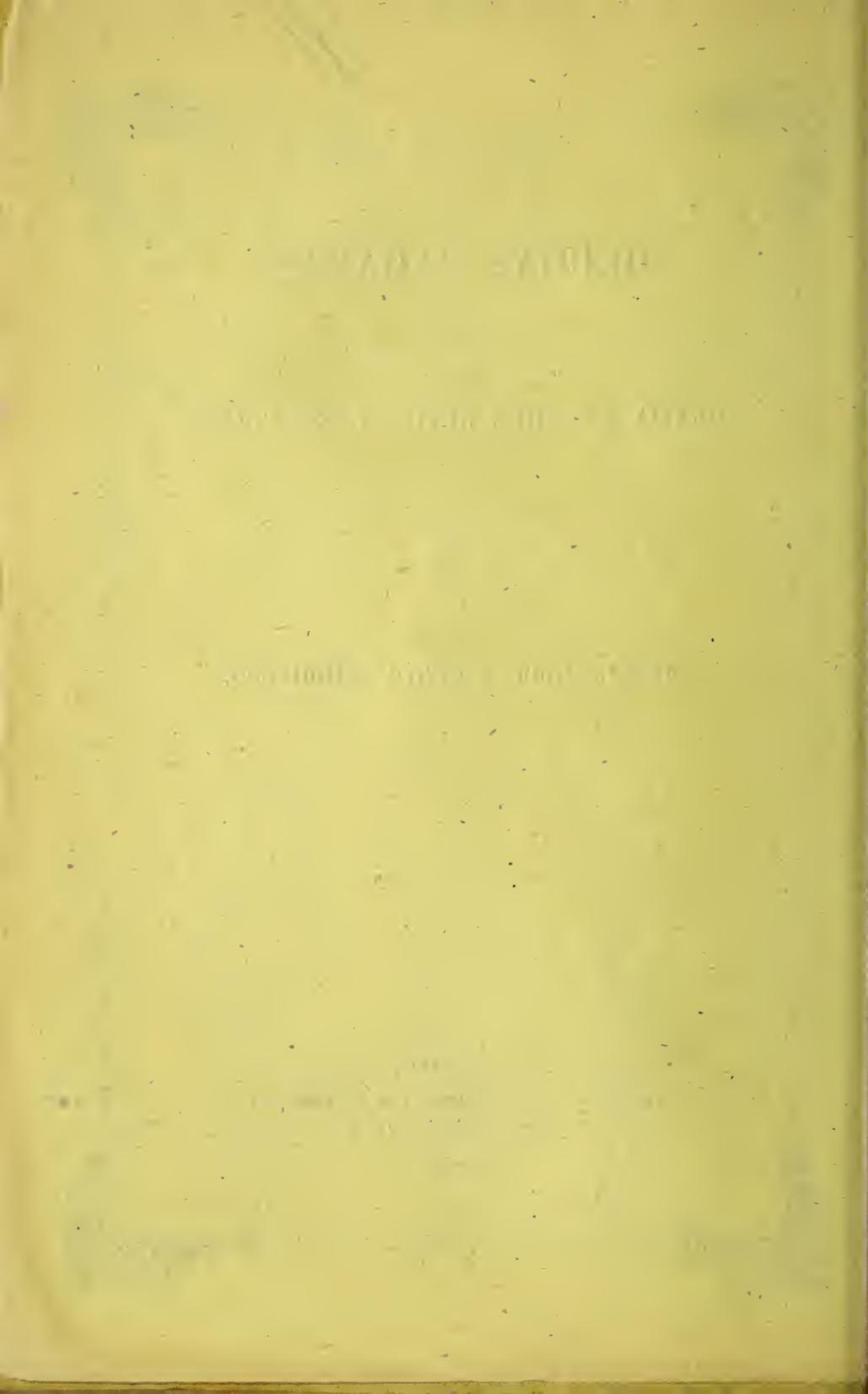
ORIGINAL

de D. Juan Federico Muntadas.

MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

1856.



DEUDAS PAGADAS,

DRAMA

ESTRENADO EN MADRID, EN EL TEATRO DEL CIRCO,

á 28 de noviembre de 1856.

Madrid 11 de noviembre de 1856.

Conforme con el dictámen del señor censor D. Isaac Núñez Arenas, puede representarse esta comedia en tres actos, titulada, *Deudas pagadas*.

ZARAGOZA.

DEUDAS PAGADAS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL

de D. Juan Federico Muntadas.



MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

1856.

RAMÓN RAMIRO

1911 23 7 10932 - 188 78 1870

Compañía General de Seguros

Este drama es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso representarlo ni reimprimirlo.

11111111

Compañía General de Seguros

1870

Al Sr. D. Manuel Cañete.

*Permite, Manuel querido, que coloque tu nombre
al frente de este drama, como leve muestra del sincero
carino que te profesa tu apasionado,*

JUAN FEDERICO.

PERSONAS.

ACTORES.

LA MARQUESA DE VALDERANO.	D. ^a TEODORA LAMADRID.
LUISA.	D. ^a MERCEDES BUZON.
RAFAEL DE LA CRUZ.	D. JULIAN ROMEA.
EL MARQUÉS DE VALDERANO.	D. JOAQUIN ARJONA.
EDUARDO.	D. FLORENCIO ROMEA.
ANTONIO.	D. ENRIQUE ARJONA.
JUAN.	D. VICTORINO TAMAYO.
CRIADO.	
MÁSCARAS. — 1. ^a	
— 2. ^a	
— 3. ^a	

La escena en Madrid , año de 185...

DEUDAS PAGADAS.

ACTO PRIMERO.

Salon ricamente adornado en casa de lmarqués de Valderano. Puerta en el fondo Puerta á la derecha , que conduce á las habitaciones de la Marquesa ; á la izquierda dos : una comunica con la habitacion de Juan y la otra con el despacho del Marqués.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL , EDUARDO , CRIADO.

CRIADO.

No están los señores; pero si gustan VV. esperar.....

EDUARDO.

Esperaremos.— (El criado se retira.) Es necesario, Rafael, que sacudas esa indiferencia y excentricidad, ó voy á enojarme contigo. El Marqués y la Marquesa, personas que brillan en la mejor sociedad de Madrid, supieron por mí lo que hiciste en la isla de Cuba para salvar la vida á su hermano D. Cárlos, cuando el último desembarco de los filibusteros, y arden en deseos de conocerte. Les ofrecí presentarte; pero tú, siempre retraido y perezoso, has dejado correr dias y mas dias, hasta hoy, víspera de su salida para el campo, de donde es posible que no vuelvan en mucho tiempo. Ya sé de qué nace tu alejamiento del trato de las personas. (Con cierta intencion.) Profundamente enamorado de tu compañera de navegacion, la interesante Luisa, que es por cierto una viuda que reúne las mas apetecibles cualidades de hermosura, de gracia y de riqueza.....

RAFAEL.

Entiendes poco de achaques de amor.

EDUARDO.

¿De veras? ¿Sigues pensando aun en aquella maga, tan sumisa á la voluntad paterna, que te dejó abandonado á tu suerte impía, casándose?..... Haces mal: *A rey muerto rey puesto*; y ya que Luisa se ha empeñado en adorarte, debes corresponder á su acendrado cariño.

RAFAEL.

El corazon no se manda.

EDUARDO.

¿Persistes en tu descabellado propósito?

RAFAEL.

No sé si será por mi dicha ó mi desgracia; pero la verdad es que aunque quiero borrar de mi mente la imágen de aquella mujer, nada..... nada consigo. Dormitan mis sentimientos por espacio de algunos dias, creo posible la distraccion, el olvido; y cuando me dispongo á cantar victoria por haber triunfado de mí mismo, se enardece otra vez mi corazon, y sufro y me desespero, y callo.

EDUARDO.

Te compadezco.

RAFAEL.

Compasion merece quien, como yo, lleva clavadas en el alma dos saetas, que me han de acompañar á la tumba.

EDUARDO.

En efecto, no es muy lisonjera tu historia; pero..... ¿qué diablos! debes esforzarte en reir.

RAFAEL.

¿Reir!..... Mi risa solo podria comprarse al precio de la imbecilidad..... ¿Comprendes ahora la razon de mi aislamiento? Reconocido á la bondad de los Sres. marqueses de Valderano, solo he aceptado su invitacion para que no traduzcan mi negativa como un desaire; pero te confieso que habré de violentarme cruelmente para disimular la profunda melancolía que me devora, hoy mas que nunca. Mucho tardan..... (Empieza á pasearse por la escena.)

EDUARDO.

Estás como pantera en la jaula..... Si quieres darte por ahí un paseo..... yo les diré cuando lleguen que no tardarás en volver. De todos modos falta una hora todavía hasta la comida.

RAFAEL.

Sí: me marchó. (Cogiendo el sombrero.)

EDUARDO.

No tardes en volver; que estoy seguro de que pasarás un rato de distracción y de solaz.

ESCENA II.

EDUARDO; luego JUAN.

EDUARDO.

¡Qué ajeno estás de lo que te espera! — (Con aire de burla.) ¡Un capitán de ingenieros convertido en trovador provenzal! La fortuna, bajo la forma de una viuda joven, graciosa y rica, llama á la puerta de su casa, y se hace el indiferente..... ¡Quién se viera en tal compromiso!..... ¡Paciencia! A la larga la fortuna es mas bien del comerciante que la busca, que del excéntrico trovador que la desdeña..... Los hombres de pasiones arrebatadas reinan en los campos de la fantasía y en las regiones del sentimiento..... siembran amor, y cogen lágrimas..... No envidio la cosecha. En materia de fincas, á las rústicas y urbanas me atengo.

JUAN.

Hombre, perdona: (Abrazando á Eduardo.) el bestia del criado no me ha dicho hasta ahora que estuvieses aquí. ¿Cómo no has entrado?

EDUARDO.

Me figuré que irias acompañando á la Marquesa, segun costumbre.

JUAN.

No, chico; dia de asueto. Mi señor tío, el celoso de mi tío, ha salido hoy de escolta con su mujer, y con esto me he quedado en casa coqueteando con una vecina..... Cinco conquistas llevo hechas esta semana, y somos mártes..... ¿Es algo? ¡Ah! y debes contar que todo el día de ayer lo pasé en la calle pegadito á mi tía, como si fuera yo un perro de presa..... por orden del celoso de mi tío: á tí te se puede decir, porque eres reservado..... ¡Chico! es un hombre que nos tiene á todos fritos: á su mujer, que es una santa..... á mí, que soy un bendito.....

EDUARDO.

No es cosa de dejarte feo desmintiéndote.

JUAN.

Es claro..... Entra y verás á mi vecina..... ¡qué guapa!..... y me ha guiñado un ojo.

EDUARDO.

Ahí es nada.

JUAN.

¿Lo del ojo?

EDUARDO.

Picarillo.....

JUAN.

Calla..... Se oyen pasos por el corredor.

ESCENA III.

EL MARQUÉS, LA MARQUESA.—EDUARDO, JUAN.

EDUARDO.

¡Señora! — ¡Señor Marqués! (Adelantándose.)

(El Marqués da la mano á Eduardo, y la Marquesa saluda.)

EL MARQUÉS.

¿No traje V. á su amigo el Capitán?

EDUARDO.

Vino hace un rato, pero se marchó á una diligencia; volverá. En su nombre doy á VV. gracias por la invitacion con que se han servido honrarle.

EL MARQUÉS.

¿Qué haces aquí tú? (A Juan.)

JUAN.

Vine á buscar á mi amigo para enseñarle.....

EDUARDO.

Una alhaja.....

JUAN.

¡Pues!..... el estuche de navajas que me han traído del mismo Londres.

EDUARDO.

Con permiso..... (A la Marquesa y al Marqués.)

ESCENA IV.

EL MARQUES, LA MARQUESA.

EL MARQUÉS.

A ese muchacho (Por Juan, siguiéndole con la vista.) le falta un sentido....— (Sentándose con pena.) Bien hacia yo en no querer salir.... Esta pierna maldecida.... ¿Nada te se ocurre?.....

LA MARQUESA.

Ya dije que quizás te dañaría subir y bajar tantos escalones.

EL MARQUÉS.

¿Querías que no te hubiera acompañado?..... Te sienta mejor la compañía de mi estúpido sobrino ; no lo dudo.

LA MARQUESA.

¡Marqués!

EL MARQUÉS.

Mal disimulas tus contrariedades. Mírate al espejo, y di tú misma si esa melancolía, si esa gravedad y ceño no deben acrecentar el negro humor que me trae desasosegado. Apenas has desplegado los labios en las visitas que hemos hecho.... ¿Será que te disguste salir de Madrid en el rigor del invierno?

LA MARQUESA.

El deber me ordena seguir á mi esposo, y yo me ajusto á la ley de mi deber.

EL MARQUÉS.

Quien te vea siempre cabizbaja y pensativa calculará que no eres dichosa ; y vive Dios, que no tendrá razon para formular un juicio de esta naturaleza. ¿Qué te falta en mi casa? Respeto, consideracion, bienestar, opulencia, cuanto puede ambicionar la mujer mas descontentadiza, cuanto puede halagar el amor propio, el orgullo y la vanidad de una jóven, eso obtienes tú á la mas ligera indicacion. (La Marquesa va á suspirar, y se contiene.) ¿Estás quejosa de mí por ventura?

LA MARQUESA.

¿Yo?..... ¿Con qué motivo?

EL MARQUÉS.

Hallo en tu trato una reserva, un retraimiento que me ofende.... que me irrita.... (Con acento brusco.) ¿En qué estás ahora pensando?

LA MARQUESA.

En nada..... en que Luisa no estaba en su casa.

EL MARQUÉS.

(Aparte.) Mentira.... ¡Qué no daría yo por penetrar en la mente de esa mujer!...—(Alto.) Como eres jóven y bella, no faltarán galanes que te arrullen los oídos pronunciando dulcísimas palabras; pero advierte que son el veneno que inficiona el alma..... Si álguien te hablase.....

LA MARQUESA.

Sé lo que me debo á mí misma.

EL MARQUÉS.

Con que..... ¿nadie te ha hablado desde nuestro enlace ensalzando tu hermosura y discrecion?... Creia..... no tendria nada de particular. Los jóvenes, en la sociedad en que vivimos (te debe mi experiencia este consejo), se dirigen con predileccion á las mujeres casadas con hombre ya entrado en años; huyen de la responsabilidad y del castigo, lo cual no hace por cierto el elogio de su decencia y de su bravura. Buscan, no el amor, un pasatiempo sin compromiso; los jóvenes que hoy llenan nuestros salones causan la deshonor y la ruina de una familia, colocándose de modo que las víctimas no puedan siquiera turbar su sueño; las mujeres por decoro..... los maridos por debilidad; pero no es ocasion de entrar en mas detalles. Cuando en el campo nos encontremos solos, allí Elena, te explicaré lo que es la vida; que una mujer casada debe conocer todos los escollos de que está sembrado el revuelto golfo del mundo, para no caer en ellos, siendo fábula y ludibrio de las gentes.—Ahora cambiemos de conversacion. Segun te dije esta mañana, viene hoy á comer con nosotros un oficial que prestó un eminente servicio á mi hermano D. Carlos, en ocasion de hallarse este rodeado por una turba de filibusteros..... ya sabes. — Espero que te presentarás algo menos pensativa, mas alegre, mas risueña.....

LA MARQUESA.

Procuraré complacerte.

EL MARQUÉS.

De la seriedad de la mujer, el mundo, siempre injusto con los débiles, hace un cargo al marido, aplicándole un epíteto denigrante..... La mujer está seria porque el marido es un ridículo, un celoso, poco menos que un ser irracional. De mí tal vez lo hayan

dicho, y ya ves tú que soy contigo dulce, cariñoso y amable..... Así pues, Elena, esfuérazte en complacermè..... abandona para siempre esa reserva que tanto me agravia, y en mi preciosa quinta del Escorial vivirémos los dos tranquilos y felices.....

ESCENA V.

ANTONIO.—EL MARQUÉS, LA MARQUESA.

ANTONIO, desde la puerta.

¿Cuándo comemos?

LA MARQUESA.

¡D. Antonio!

ANTONIO, aparte.

¡Pobre niña!

LA MARQUESA.

Dejo á VV. (Sale por la puerta de la derecha.)

ANTONIO.

¿Tambien tú gastas el humor de costumbre? Apostaria á que has echado un sermon á tu mujer, y maldito si lo merece.

EL MARQUÉS.

Es verdad: estoy muy contento de ella. Obediente y dócil, no se resiste á alejarse para siempre de esta bulliciosa sociedad, que tanto enojo me causa.

ANTONIO.

No tienes motivo para estar de mal talante. ¿No sigues haciendo tu gusto como siempre? ¿Qué mas quieres?

EL MARQUÉS.

Es que hoy..... me ha molestado la gota.

ANTONIO.

Eso te lo anuncié muchos años hace..... ¿Lo ves, Fernando? Las calaveradas de la juventud se encuentran á la vejez. Todo se paga al fin..... mas tarde ó mas temprano..... Y si no fueran mas que los dolores físicos.....

EL MARQUÉS.

Calla, Antonio..... Si supieras.....

ANTONIO.

Ya parece que me vas dando la razon. Cuando éramos jóvenes, te reías de mis amonestaciones, hacías burla de mí, porque no abundaba en tus ideas, porque no queria tomar parte en tus ca-

laveradas.... Hoy..... ya sé yo que juzgas de distinta manera las cosas..... Los años no pasan en balde.

EL MARQUÉS.

¡Triste condicion humana! A medida que el cuerpo se va debilitando, el alma se hace mas recelosa y cobarde. Nunca lo hubiera creído. Solo á tí me atreveria á confiar la mudanza que en mí se viene efectuando. Cuando me quedo solo, como ya tengo poco que esperar en la tierra, vuelvo atrás la vista, y recuerdo con disgusto y hasta con remordimiento algunos hechos que desgraciadamente no puedo borrar.

ANTONIO.

Ya sé por dónde andas..... Las burlas á los seis maridos viejos que entonces te daban risa.....

EL MARQUÉS.

Me producen hoy muy distinto efecto.

ANTONIO.

Se comprende : hoy no eres jóven y soltero; hoy eres viejo y estás casado.

EL MARQUÉS.

Las perfidias y asechanzas con que atenté á la honra de algunas jóvenes, mintiendo una pasion, me apesadumbran cruelmente..... pero mas que todo.....

ANTONIO.

¡Ah! Fernando, no repitas aquella historia funesta, que me ha hecho derramar amargas lágrimas, mientras tus ojos estaban enjutos.

EL MARQUÉS.

Veinte y seis años han trascurrido desde que abandoné á la madre y al hijo, para no volverme á acordar de ellos hasta ahora.

ANTONIO.

¡Pobre Cecilia!

EL MARQUÉS.

He mandado pintar su retrato por una miniatura que conservaba, y lo he colocado hoy mismo en mi despacho entre los demás.

ANTONIO.

Pero tu mujer.....

EL MARQUÉS.

Cree que es un retrato de familia, como todos los que adornan las paredes de mi despacho.

ANTONIO.

Entiendo.

EL MARQUÉS.

Antonio!.... ¡Cuánto he sufrido hoy al fijar mis ojos en el lienzo donde está vivamente representada la imágen de la víctima de mi libertinaje! ¡Antonio! ¿qué habrá sido de aquella infeliz mujer, de aquel niño sin ventura?

ANTONIO.

¡Para esto me has llamado á comer hoy? Voto á sanes, si yo hubiera sabido que me preparabas este plato de infaustos recuerdos, hubiérame atendido á mi parvedad.

EL MARQUÉS.

Perdona, Antonio; pero hoy no sé por qué me preocupan ideas á cuál mas triste..... He cometido grandes locuras..... faltas imperdonables..... Hasta mi boda con Elena.....

ANTONIO.

Te lo anuncié, y no quisiste creerme..... Gracias que has encontrado un ángel de virtud, que se doblega á tu voluntad con cristiana resignacion.

EL MARQUÉS.

Durante mi permanencia en esta corte, obligado por la posicion que ocupo y por el nombre que llevo, he debido alternar con las primeras familias, he tenido que abrir mis salones á esa juventud bulliciosa, que detesto. No es fácil que imagines los tormentos que he sufrido al ver que se acercaban á mi mujer esos jóvenes impudentes, que..... con una mirada, con una reticencia, causan la deshonra de una familia entera.

ANTONIO.

¡Castigo de Dios, Fernando!

EL MARQUÉS.

Felizmente he llegado á puerto. Desde mañana viviré léjos de este aire emponzoñado, y no temeré la aparicion repentina de un hombre que me turba el sueño, de un hombre á quien Elena habia consagrado todo su cariño, y cuyo nombre es para mí un secreto que no he alcanzado á descubrir.

ANTONIO.

¿Cómo supiste la existencia de esos amores?

EL MARQUÉS.

Por ella. — Cuando Elena vino á implorar mi proteccion, sien-

do yo ministro, para que su padre no saliera desterrado por causas políticas, y ofrecí interceder en su favor, rindiéndose ella á aceptar mi mano, me confesó que amaba á un hombre, me rogó con las lágrimas en los ojos que no turbase su felicidad.....

ANTONIO.

¿Y pudiste cerrar tus oídos á sus quejas?

EL MARQUÉS.

Insistí con increíble tenacidad.

ANTONIO.

¡Fernando! hasta en tus últimos años eres incorregible. Dispensa que un hombre en el mundo te hable el lenguaje de la verdad desnuda. A trûeque de conseguir tu propósito no vacilaste en destruir las ilusiones y el porvenir de una jóven, pero es el caso que además has echado sobre tus hombros una horrible carga, que te abruma con su peso.

EL MARQUÉS.

Ya no tiene remedio.

ANTONIO.

Una pregunta. Si esa mujer, cuya voluntad violentaste, fuera menos virtuosa; si esa mujer, ofendida de haber perdido por tí lo único á que aspiraba, quisiese tomar venganza; si sobreviniese un desastre, ¿á quién achacar la culpa de todo?

EL MARQUÉS.

Elena sabe lo que se debe á sí misma, lo que debe á su marido y al mundo.

ANTONIO.

Me regocijo de que así suceda.

EL MARQUÉS.

En esta parte vivo tranquilo, y desde mañana muchísimo mas, porque el viaje está definitivamente resuelto para mañana á las siete.—No lo difiero por ningun motivo. Tú quedas con el encargo de dar cima á los negocios pendientes; te entregaré una nota de ellos, y tú los ultimarás lo mas pronto que te sea posible.— (Sonriendo.) Desde mañana aislamiento absoluto.....

ANTONIO.

Vamos á tu despacho, y entérame.....

EL MARQUÉS, como herido de una idea.

¡Oh, Antonio, qué espantosa idea!—Si el hombre á quien Elena ha amado llegara algun dia á presentarse.....

ANTONIO.

¡Peregrina ocurrencia!

EL MARQUÉS.

Si por desgracia... si por una fatalidad ese hombre se presentara algún día frente á frente á mi mujer..... (Suenan campanillas.)

ANTONIO.

Déjate de aprensiones..... Han llamado..... Vamos al despacho; que no hay tiempo que perder, marchándote mañana.

(Entran el Marqués y Antonio en el despacho.)

ESCENA VI.

LA MARQUESA, RAFAEL.

LA MARQUESA.

He visto entrar á Luisa.

Rafael aparece por la puerta del fondo con la cabeza inclinada.

RAFAEL.

¡Siempre su imágen delante de mis ojos!

LA MARQUESA, reconociéndole.

¡Rafael!!

RAFAEL, corriendo á abrazarla.

¡Elena!!

LA MARQUESA, retirándose.

Estoy casada.

EDUARDO, desde adentro, llamando.

Rafael, entra.....

RAFAEL.

¡Señora!.... (Turbadísimo...) dispense V..... (Avanzando.) ¡Elena!

EDUARDO.

¡Rafael!

(Rafael se retira maquinalmente hácia la habitación desde donde le está llamando Eduardo.)

LA MARQUESA.

¡Misericordia, Dios mio! (Dejándose caer en un sillón.)

ESCENA VII.

LUISA. — MARQUESA.

LUISA, al entrar.

¡Elena!

LA MARQUESA, levantándose.

¿Eres tú?

LUISA.

Creí que me habías visto entrar..... ¿Qué hacías aquí sentada en ese sillón? ¿Es verdad que al fin ha decidido tu esposo marcharse, llevándote consigo, al Escorial?

LA MARQUESA.

Es verdad, Luisa.

LUISA.

Te encuentro mas desfigurada, mas abatida que nunca. Comprendo cuán sensible habrá de ser para tí encerrarte con tus veinte y tres años en un desierto, donde no verás mas que montes y árboles. Mira, hija; vengo con ánimo de influir en el de tu marido para que te deje siquiera unos días mas en mi compañía.

LA MARQUESA.

No, no intentes semejante cosa. (Agitadísima.)

LUISA.

¿Por qué? ¿No es muy atendible esta pretension? Algo rarillo es tu esposo, pero no se atreverá á negarme.....

LA MARQUESA.

Es que.....me quiero marchar.....Así no hubiera venido nunca.

LUISA.

¡Pobre amiga mia! Siento en el alma no poder compartir contigo la felicidad de que disfruto.

LA MARQUESA.

¿Eres feliz? Dios quiera que vivas siempre de este modo.

LUISA.

¿Qué buena eres! No puedes imaginarte cuánto me pesa que te ausentes, porque pensaba tenerte al corriente de algunos secretos.

LA MARQUESA.

¿Tuyos?

LUISA.

Mios.

LA MARQUESA.

¿Te casas otra vez?

LUISA.

Mucho adelantas; nada hay tratado hasta ahora, pero cosas mas dificiles se han realizado.

LA MARQUESA.

¿Te casas con un hombre á quien quieres?

LUISA.

Sí, hija mia.

LA MARQUESA, suspirando.

¡Dichosa, dichosa tú!

LUISA.

El hombre á quien adoro es un jóven compañero mio de navegacion.

LA MARQUESA.

Y él ¿te ama?

LUISA.

Creo que sí.

LA MARQUESA.

¡Dichosa..... dichosa tú!

LUISA.

Algo reservado es, algo frio; pero este es su carácter. Durante la travesía á bordo estuvo bastante indispuerto, y no me aparté un instante de la cabecera de su cama; le prodigué todo género de atenciones y cuidados. La gratitud y el reconocimiento suelen ser el disfraz con que se presenta el amor.

LA MARQUESA.

Pueden no serlo.

LUISA.

Suspiras á cada paso: á tí te está sucediendo algo que ocultas á tu mejor amiga..... ¡Elena! ¿has sufrido algun disgusto? cuenta. —Eres muy tímida y resignada. De veras quisiera prestarte algo de mi resolucion en ocasiones extremas.

LA MARQUESA.

Nada nuevo me sucede..... Ya ves tú..... el ausentarme de la corte.

LUISA.

Dijiste antes que no te importaba.

LA MARQUESA, *aparte*.

No sé lo que estoy hablando.

LUISA.

Por ser el último día quiero que vayamos juntas al teatro y al baile de máscaras, y conversaremos. En el teatro conocerás al joven á quien amo, y en el baile te distraerás un poco; buena falta te hace.

LA MARQUESA.

No pienso salir de casa. (*Aparte.*) ¿Qué estoy esperando aquí?... Si ese hombre vuelve á presentarse..... (*Se encamina hácia su habitacion.*)

LUISA.

¿Dónde vas tan distraída?...

LA MARQUESA.

A mi tocador; que en breve el criado avisará.....

LUISA.

¿Tienes algun convidado de cumplido?

LA MARQUESA.

Sí.

LUISA.

Pues no entro en el comedor. Esperaré un momento allí; (*Señalando la habitacion derecha.*) y si resuelves desechar esa melancolía que te abruma, volveré á buscarte á la hora del teatro ó del baile.

LA MARQUESA.

Como quieras.....

LUISA, *aparte*.¡Pobre muchacha !! (*Siguiendo á la Marquesa.*)

ESCENA VIII.

RAFAEL, EDUARDO, JUAN.

EDUARDO, *al oído á Juan.*Avisa al Marqués que está aquí Rafael. (*Juan sale.*)RAFAEL, *con vivísima inquietud.*

Aquí..... en esta estancia la he visto; no debo seguir por mas tiempo en esta casa.

EDUARDO.

Pero, hombre, por Dios, considera.....

RAFAEL.

Si ella conserva hácia mí un resto del cariño que me profesaba, ¿cómo es posible que sin ser yo un villano la exponga á un espantoso conflicto?... Si ella no me ama, ¿á qué conduce que sepa que vive en mi memoria, que la adoro, que la idolatro?—Eduardo, discúlpame con el Marqués; dile que una imperiosa obligacion me ha precisado.....

EDUARDO.

No apruebo este partido..... Yo en tu lugar procuraria hablar con ella por la última vez.

RAFAEL.

¿Dónde y cómo, sin exponerla á mil peligros de incalculables consecuencias?

EDUARDO.

Por ejemplo..... esta noche en las máscaras.....

RAFAEL.

¡Si ella quisiera!.... ¡Ah! no puede ser..... no debe ser.

EDUARDO.

Olvidaba que estás comprometido á acompañar á Luisa al teatro.

RAFAEL.

¿Qué me importa de Luisa? Un favor te pido: procura verla y dile de mi parte.....

EDUARDO.

¿Que no te aguarde?... (Con viveza.) Se lo diré. (Aparte.) Esto marcha.

RAFAEL.

Adios; discúlpame con el Marqués.

EDUARDO.

Persistes en tu empeño.....

RAFAEL.

Una indiscrecion costaria quizás á Elena la tranquilidad de toda su vida.

EDUARDO.

¿Para cuándo reservas la firmeza de tu carácter? ¿No tienes una razon serena, una voluntad?....

RAFAEL.

No: lo siento dentro de mí mismo..... En este momento aun soy libre, soy dueño de mis acciones; mas tarde la fatalidad podria arrastrarme invenciblemente.....

EDUARDO.

Exageraciones tuyas.

RAFAEL.

Créelo : yo soy el mayor enemigo que tengo ; necesito encerrarme donde no vea á nadie , mientras ella respire el aire de esta corte , mientras no nos separe la distancia.....

EDUARDO.

Si te empeñas tanto y tanto.....

RAFAEL.

Estoy firmemente decidido á no esperar.....

(Al dirigirse Rafael á la puerta del foro, aparece el Marqués y le corta el paso.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS, ANTONIO, JUAN.—RAFAEL, EDUARDO.

EL MARQUÉS, dando la mano á Rafael.

Al fin se ha dignado V. honrar nuestra casa. Doy á V. gracias, Sr. D. Rafael, por su bondad al aceptar la invitacion que me atreví á dirigirle por mediacion de nuestro comun amigo don Eduardo.

RAFAEL.

Quisiera..... Sr. Marqués.....

EL MARQUÉS.

Solo me pesa no poder pagar á V. de otra manera el eminente servicio que en la isla de Cuba.....

RAFAEL.

No merece tanto.

EL MARQUÉS.

Sí por cierto.

RAFAEL.

Quizás juzgue V. extraña mi pretension ; pero abusando de la bondad de V. quisiera..... que me dispensasen.....

EL MARQUÉS.

¿Rehusa V. acompañarnos?

RAFAEL.

De ninguna manera ; pero he recibido una órden , y V. sabe que entre nosotros la puntualidad y obediencia.....

(Aparece un criado en la puerta del foro.)

CRIADO.

Cuando VV. gusten.

EL MARQUÉS.

(A Juan.) Avisa á la Marquesa. (A Rafael.) Amigo mio..... no es posible que me convenza V.

RAFAEL.

Pero.....

EL MARQUÉS.

No transijo en este punto.

ANTONIO, aparte.

Jamás le he visto tan obsequioso.

EDUARDO, aparte.

Marido al fin.

(La Marquesa aparece en el umbral de la puerta derecha.)

RAFAEL, aparte.

¡Ella es!

EL MARQUÉS, aparte.

Observemos, segun costumbre.

ESCENA X.

LA MARQUESA, JUAN.—EL MARQUÉS, RAFAEL, ANTONIO.

EL MARQUÉS, cogiendo de la mano á la Marquesa.

El Sr. D. Rafael de la Cruz, capitan, á cuyo valeroso esfuerzo ha debido su salvacion mi hermano D. Carlos.

(La Marquesa se inclina sin inmutarse en lo mas mínimo.)

La Marquesa de Valderano.

(Rafael se inclina respetuosamente sin alterarse. El Marqués observa con atencion, ya á la Marquesa, ya á Rafael.—Antonio, Eduardo y Juan están atentos á la presentacion.)

EL MARQUÉS.

(Aparte, despues de haber observado.) No se conocian. (A la Marquesa.) No traes tan buen semblante como hubiera deseado..... No olvides mi cariñosa amonestacion, Elena.—Es preciso agasajar al huésped..... Es jóven que lo merece.—¡Rafael! (Indicándole que dé el brazo á su esposa.)

RAFAEL.

¡Señora! (Ofreciéndole el brazo.)

EL MARQUÉS.

Juan..... guia al comedor.

JUAN.

¡Voy!.... (A Eduardo con viveza al oído, señalando hacia la derecha.) Luisa está ahí.... ¡qué guapa, chico!.... (A la Marquesa y á Rafael.) Yo rompo la marcha.

(Salen Juan, Rafael y la Marquesa.)

ESCENA XI.

EL MARQUÉS, ANTONIO, EDUARDO.

EL MARQUÉS, cerca de la puerta, á Eduardo.

¿V. no nos acompaña?

EDUARDO.

He comido ya; gracias, Marqués: adios.... Adios, D. Antonio.

(Salen el Marqués y Antonio.— Eduardo sale, pero vuelve poco despues.)

EDUARDO.

Luisa está allí dentro.... Si pudiera yo hablar con ella mientras aquellos señores saborean los placeres de la mesa.... (Mirando por la puerta de la derecha.) Héla aquí.

ESCENA XII.

EDUARDO, LUISA.

LUISA, aparte.

A Elena se le ha olvidado que estoy esperando.— ¡Eduardo!

EDUARDO.

Habia salido ya de esta casa, pero el corazón me dió que estaba V. en ella, y retrocedí al instante.

LUISA.

¿Corazonadas?

EDUARDO.

Quizás.... Cierto es por lo menos que tenía que ver á V.... que salía en busca de V. ahora mismo para....

LUISA.

¿Para decirme lo de siempre? ¿Que soy ingrata, y que « así á un rendido amator no se trata »?

EDUARDO.

Para advertir á V. que no espere hoy que Rafael vaya á buscarla para ir al teatro.

LUISA.

(Sorprendida.) ¿Qué? (Serenándose.) ¿Rafael ha dado á V. este encargo?

EDUARDO.

Justamente.

LUISA.

¿Cuándo y dónde?

EDUARDO.

¿Cuándo?... Hace poco..... ¿Dónde? (Sonriendo.) En la calle. Si no me contuviese un temor, yo explicaría á V. el por qué de todo; pero V. presume que me impulsa una pasión vituperable, y siendo así, lo mejor es guardar silencio.

LUISA.

¿No irá Rafael? No me asiste el menor derecho para obligarle á que obre en tal ó cual sentido..... Es un buen amigo.

EDUARDO.

Que agradece la tierna solicitud con que le atendió V. durante su enfermedad á bordo.

LUISA.

¿Nada mas? (Sensiblemente ofendida.)

EDUARDO.

Nada mas..... que yo sepa. (Aparte.) Dí en la fibra delicada.

LUISA.

(Aparte.) ¿Si me desdeñase!.... (Alto.) Y ¿por qué no irá al teatro?... mera curiosidad.

EDUARDO.

Ya sabe V. que es mi amigo. Solo á V., en quien reconozco altas cualidades de reserva, haria esta declaracion. (Con misterio.) Porque probablemente irá esta noche á las máscaras á caza de aventuras..... Es una historia antigua..... Se trata de reanudar unas relaciones anteriores á su salida para Cuba.

LUISA.

(Sonriendo.) ¿De veras? (Aparte.) ¿Si fuera verdad, por nada de este mundo sufriria la humillacion..... el desprecio!

EDUARDO, con intencion.

Está V. impresionada.

LUISA.

No lo crea V..... ¿Con que Rafael piensa divertirse; él, de suyo tan melancólico?... Me alegro por él.

EDUARDO.

Y yo ¿debo alegrarme ó entristecerme?

LUISA.

¿Qué entiendo de eso?

EDUARDO.

Luisa, es V. una ingrata, que desconoce á quien la quiere con toda su alma.—Si va V. al baile, allí nos veremos y se conven-
cerá V.....

LUISA, con viveza, como despidiéndole.

Adios, Eduardo, hasta la noche.

EDUARDO.

¿Me da V. la mano?

LUISA.

¿Por qué no?

(Eduardo se retira por la puerta del fondo.)

ESCENA XIII.

LA MARQUESA.—LUISA.

LA MARQUESA.

Con el pretexto de despedirte me levanto de la mesa. ¿Persistes en ir á las máscaras?

LUISA.

Con mas empeño que nunca. Acaban de decirme que allí encontraré una rival.....

LA MARQUESA.

Pues bien; yo iré contigo.

LUISA.

Y quiero cerciorarme de la verdad á toda costa, á cualquier precio.—A las once y media vendré á buscarte. (Le da un beso.)

LA MARQUESA.

¿A las once y media?

LUISA.

En punto. (Sale por la puerta del fondo.)

LA MARQUESA.

Él lo ha querido..... ¡Rafael, esta noche el adios postrero!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de descanso en el baile de máscaras de Oriente. — Tres puertas en el fondo.
— Puertas laterales. — Divanes. — De cuando en cuando se ven cruzar por el fondo
caballeros y máscaras. — Música lejana.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL, EDUARDO, JUAN, MÁSCARAS.

MÁSCARA 1.^a, á Juan, en la puerta del foro.

¡Eres un travieso!

MÁSCARA 2.^a

¡Eres un seductor!

JUAN.

¿Lo sabes por experiencia?

MÁSCARA 2.^a

¡Mire V. qué chiste de tan buen género!

MÁSCARA 3.^a

La culpa es tuya, que te acercas á hablar á un lacayo de la
marquesa de Valderano.

JUAN.

Acompaño á mi tia porque me acomoda.

MÁSCARA 3.^a

Porque te lo manda el Marqués, que es mas celoso que un turco
con ictericia; y sin razon, porque está casado con una mujer
como hay pocas.

JUAN.

Mejor para el Marqués y para la Marquesa. ¡Ea! á revolver á
otra parte; basta de bromas.

(Las tres máscaras vienen corriendo á rodear á Rafael y á Eduardo.)

LAS TRES MÁSCARAS.

¡Eduardo!.... (Fijándose en Rafael.) ¡Un desconocido!

MÁSCARA 1.^a

¿Eres compañero de Eduardito? Pues..... ten cuidado y no te
fies de su merced..... (Señalando á Eduardo) Es un mal amigo.....

¡es muy travieso!.... muy calculista!.... va siempre al negocio!....
¡cuidado con él!

EDUARDO.

¿Yo soy calculista? (Soltando la carcajada.)

LAS TRES MÁSCARAS.

¡Mucho!.... mucho!....

EDUARDO.

Y vosotras ¿qué sois?

MÁSCARA 1.^a

Unas monjas que hemos salido del claústro.

EDUARDO.

¿Habeis salido..... ú os han tenido que echar?.... La verdad.

LAS TRES MÁSCARAS.

¡Insolente!.... ¡mala lengua!....

MÁSCARA 3.^a, á Rafael.

Tú, hombre máquina..... dinos algo..... estás como si te hubieran dado cañazo.

JUAN.

A vosotras os habian de dar con una penca.

MÁSCARA 2.^a

Calle el mozo de espuela.

MÁSCARA 1.^a

Los pollos hablan cuando las gallinas.....

EDUARDO, con rapidez.

¡Eh! Cuidado con el verbo.....

MÁSCARA 3.^a, á Rafael.

¡Jesus!.... tienes cara de traidor de melodrama francés.....

¿Maquinas algun delito? ¡Ríete, hombre!

MÁSCARA 2.^a

El drama ya no es de nuestro tiempo..... ahora todo se toma á broma..... la vida y la muerte, y así se pasa mejor en este pícaro mundo..... ¿Ni una sola palabra te dignas dirigirnos?

RAFAEL.

¡Dejadme!

EDUARDO.

¿Quiénes sois..... hermosas desconocidas?....

MÁSCARA 1.^a

No lo sabrás tú ni nadie..... llevamos careta precisamente para eso..... para que no nos conozcan, y para decir á este (Por Rafael.)

que no se fie en tí, que eres un sátrapa joven..... un calculista de primer orden.

EDUARDO.

El chiste repetido se convierte en necedad insigne.....

RAFAEL, á Eduardo.

Si no salimos, son capaces de pasarse aquí la noche abusando de nuestra paciencia.

(Las máscaras, dando broma á Rafael y á Eduardo, salen por una puerta del fondo.— Juan se retira por la puerta por donde aparece el Marqués.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS, LA MARQUESA, LUISA, ANTONIO.—JUAN.

EL MARQUÉS.

Esto es un infierno.

LA MARQUESA, á Luisa.

¡Estoy rendida!

LUISA, á la Marquesa.

¡Tu marido, que no nos deja!.... No he visto al que buscaba en parte alguna..... Sin duda ha sido una chanza... Ocurrencias del gracioso de Eduardo, que se obstina en ganar mi corazón valiéndose de esas tretas. ¡Pobre galán!

LA MARQUESA.

Estarás contenta..... El arrebató de celos que te dió esta tarde ha pasado como una ráfaga.

LUISA.

Dichosamente me han engañado..... pero, por si acaso, voy á dar otra vuelta por el salón mientras tú descansas..... Juan, (En alta voz.) ¿quiere V. acompañarme?

JUAN.

¡Señora! (Ofreciéndole el brazo.) de mil amores.

LUISA.

Marqués..... volvemos en seguida.

(Salen Juan y Luisa por una puerta del foro. La Marquesa se sienta en un diván.)

EL MARQUÉS.

(Aparte.) Aquí como en todas partes. (A la Marquesa.) Si hubiera yo sospechado que tu melancolía había de ir en aumento en las máscaras, hubiéramos prescindido de tan peregrina diversión..... Te

aburres..... ¿no es verdad?... Tampoco yo me divierto gran cosa que digamos..... Aunque estoy acostumbrado á ver tu rostro dolorido y macilento, puedo asegurarte que nunca ha sido tanto como esta noche.

LA MARQUESA.

No sé..... no hay motivo.....

ANTONIO, sencillamente.

¿Está V. cansada, Marquesa?

LA MARQUESA.

Así..... así.

ANTONIO.

Se le conoce á V. en la cara.

EL MARQUÉS.

Ese bullicio loco, irracional, esa agitacion febril de mil y mil necios, es capaz de rendir las fuerzas al hombre mas robusto. El partido mas discreto seria marcharnos ahora mismo.

LA MARQUESA.

Es temprano todavía..... Luisa ha de volver.....

EL MARQUÉS.

¿Deseas quedarte?

LA MARQUESA.

Como quieras.

EL MARQUÉS.

No: lo que quieras tú..... (Aparte.) Esta aquiescencia á todo.....
(Acercándose á la Marquesa y sentándose á su lado.)

LA MARQUESA, aparte.

¿Qué me va á decir?

EL MARQUÉS.

¡Imposible que guarde por mas tiempo en mi pecho la pena que me agita..... Marquesa! Al subir al carruaje para venir al baile, he visto rodar una lágrima por tus mejillas.

LA MARQUESA.

(Aparte.) ¡Cielos! (Alto.) No recuerdo..... no hay motivo.....

EL MARQUÉS.

Me engañas..... ¿Será que la memoria de aquel á quien habias consagrado tu leal corazon haya venido á turbar la paz de que gozabas? Si esta es la verdad..... ¿á qué ocultarla? Sé franca una vez conmigo..... dímelo todo. Es manifiesta ingratitud tener secretos para quien te quiere como te quiero yo.

LA MARQUESA.

El sitio y la hora no parecen las mas á propósito.

EL MARQUÉS.

Tampoco parece bien tu rostro macilento en un baile de máscaras..... y sin embargo.....

ANTONIO, que ha estado paseando por el salon, y viendo cruzar las máscaras por la puerta del fondo, adelantándose.

¡Otro sermon! La va á matar á pesadumbres..... (Llamando la atencion al Marqués.) ¡Fernando!..... Inútil... . (Acercándose mas.) ¡Fernando!

EL MARQUÉS.

(A Antonio.) ¡Déjame! (A la Marquesa.) Si, como debe ser, no has abrigado nunca la menor idea contraria á tu dignidad y depresiva al ilustre título que llevo..... ¿á qué ocultar el nombre de la persona en quien habias cifrado tu primer cariño?..... Antes de nuestro enlace fuiste bastante ingénua para confesar que habias amado á un hombre.....

LA MARQUESA, aparte.

¡Qué martirio!

EL MARQUÉS.

Concluye tu confesion, revelando despues de nuestro enlace el nombre de esa persona. ... Si te ruego, por bien de mi tranquilidad, que hables; si invocando un derecho que me asiste, te pregunto..... ¿te atreverás á negarme la contestacion? No, Elena; no creo que quieras obligarme á hacer alarde de la autoridad de que me encuentro revestido..... ¿Cómo se llama ese hombre?

ESCENA III.

RAFAEL. — EL MARQUES, LA MARQUESA, ANTONIO.

ANTONIO.

¡Rafael! (En voz muy alta.—Se adelanta á darle la mano.)

LA MARQUESA.

¡Ah! (Haciendo un movimiento involuntario.)

EL MARQUÉS.

¿Qué tienes?

LA MARQUESA.

El bueno de D. Antonio, con su voz..... desentonada, me asustó.

EL MARQUÉS.

¡El Capitan! (Levantándose.) Amigo mio.....

RAFAEL.

¡Señor Marqués! — (A la Marquesa.) ¡Señora!

ANTONIO, llevándose del brazo al Marqués á un lado de la escena.

¡Qué muchacho tan simpático!

EL MARQUÉS.

Porque lo es, quisiera que no se llamase Rafael.

ANTONIO.

¡Raro capricho!

RAFAEL, á la Marquesa en voz baja.

A las dos aquí.

LA MARQUESA, á Rafael.

No.

RAFAEL.

(En voz alta.) Puedo asegurar á V. que sí. (Muy marcado.) Como á nadie conozco en la corte, con mi seriedad y aburrimiento he excitado la risa á mas de cuatro máscaras; pero me felicito ahora de haber cedido á las instancias de Eduardo, porque he alcanzado la dicha de ver á VV., cuya amabilidad y obsequiosas atenciones jamás podré olvidar.

LA MARQUESA.

Hemos cumplido con un deber. Solo siento..... (Se levanta.)

RAFAEL.

¿Van VV. á pasear por el salon?

LA MARQUESA, mirando al Marqués.

Como quieras.

EL MARQUÉS.

Lo que gustes.

LA MARQUESA, á Rafael.

Dispéñenos V. entonces..... Hemos resuelto retirarnos.

RAFAEL.

¿Tan pronto?..... (Bajo.) Aquí á las dos.

LA MARQUESA.

(En voz baja.) Sí..... (Alto.) El ruido y el calor me causan un mal-estar..... V: nos dispensa, ¿no es verdad? (El Marqués coge del brazo á la Marquesa.)

RAFAEL, aparte.

¡Del brazo con ella!

LA MARQUESA, á D. Antonio.

Si ve V. á Luisa, tenga V. la bondad de decirla que nos hemos marchado. (Al llegar á la puerta derecha, se vuelve á mirar.)

EL MARQUÉS, con dureza.

¿Por qué te vuelves?

LA MARQUESA.

Creí que entraba Luisa.

EL MARQUÉS.

El hombre á quien has amado se llamaba Rafael. ¡Niégalo si te atreves!

LA MARQUESA.

Rafael se llamaba.

EL MARQUÉS.

Estás temblando.

LA MARQUESA, aparte.

¡Me quisiera morir!

ESCENA IV.

RAFAEL, ANTONIO.

RAFAEL.

Mi aborrecimiento hácia el Marqués va creciendo por instantes..... Si ella no viniese á la cita por culpa de ese á quien llaman su marido.....

ANTONIO.

¡Rafael!

RAFAEL.

Don Antonio, ¿V. se queda?

ANTONIO.

Para tener el gusto de hablar un rato con V.

RAFAEL, aparte.

¡Qué fastidio!

ANTONIO.

V. y yo hemos congeniado..... V. y yo nos tratamos como si nos hubiéramos conocido toda la vida.

RAFAEL, distraído.

Cierto.

ANTONIO.

Tengo un vivo interés en que siga V. la relacion que empezó

V. á contarme esta tarde, al salir de la casa del marqués de Valde-rano. La historia del amigo de V., que ha contribuido tan poderosamente á dar al carácter... de V. esa formalidad que me sorprende.

RAFAEL.

¿Olvida V. que estamos en un baile de máscaras?

ANTONIO.

Imposible parece que un padre haya abandonado á su hijo, ne-gándole hasta su nombre.

RAFAEL.

Ni aun de limosna quiso concedérselo..... Ese tejido de con-trariedades, de infamias, quédese para otro día.

ANTONIO, aparte, con satisfaccion.

¡Si este fuese el hijo de Fernando!..... ¡Quiera Dios que el padre y el hijo se encuentren!

RAFAEL, aparte.

¡No quiera Dios que se encuentren el amante y el marido! Si el despecho, si el ódio que se ha despertado en mi alma no mo-deran sus impulsos..... ¡ay de ese hombre, que me ha robado la única esperanza que me quedaba en la tierra!

ANTONIO.

Anda V. muy pensativo.

RAFAEL.

Ese es mi estado normal.

ANTONIO.

Demos una vuelta por los salones; con esto se distraerá V. de su idea fija.

RAFAEL.

¿Qué? (Aparte.) Si habrá leído en mis ojos..... (Sacando el reloj.) Las dos menos cuarto.

(Rafael entra por la puerta izquierda. Don Antonio se queda rezagado, viendo venir á Luisa.)

ESCENA V.

JUAN, llevando del brazo á LUISA; EDUARDO. — ANTONIO.

LUISA, á Eduardo.

Se cansa V. en balde: no quiero darle á V. el brazo, ¿entiende V.?

JUAN.

Bien dicho, Luisa. (Aparte.) Me prefiere; ya sabe lo que se hace la viuda.

LUISA, á Eduardo.

Con esto aprenderá V. en lo sucesivo á combinar mas ingeniosamente sus tramas.

ANTONIO, á Luisa.

Señora, me han dado para V. un encargo que voy á cumplir fielmente.

EDUARDO, á Luisa.

Digo á V. que la dama misteriosa de la cita está en el baile.

ANTONIO.

La Marquesa se ha marchado.

EDUARDO, aparte.

¡Qué escucho!

LUISA, á D. Antonio.

Este caballero (Por Eduardo.) tiene la culpa si no la he visto. Empeñado en entretenerme con sus peregrinas ocurrencias y con sus embolismos.

EDUARDO, á Luisa al oído.

¡Oigame V.!

JUAN, enojado.

Acabemos con los secretos; que no parece bien que un jóven de mis prendas esté representando un papel tan secundario..... Hay abuso manifiesto.....

LUISA, á Eduardo.

¿Con que la dama misteriosa está en el baile? ¿Por qué no me ha dicho V. : Esta es?

EDUARDO.

Lo que sí aseguro á V. que el enamorado galan está en el baile.

LUISA.

Lo mismo que la dama.... Sueña V. con los ojos abiertos..... Ya que Elena se ha marchado, voy á marcharme tambien.

EDUARDO, aparte.

Todo se ha perdido.

LUISA.

Si D. Antonio quisiera hacerme el obsequio de acompañarme hasta el carruaje..... V. es persona de mas formalidad que esos jóvenes.....

ANTONIO.

Con mucho gusto; pero permítame V. antes avisar á un amigo que me espera en el salon.

LUISA.

¿Quién es?

ANTONIO.

D. Rafael de la Cruz.

LUISA.

¡Rafael!

JUAN.

¿V. le trata? Me alegro.... ¡Qué guapo!..... Qué atento!
En casa todos le queremos mucho.

EDUARDO.

No lo crea V., Luisa. (trónicamente.) Rafael no puede haber venido. Don Antonio la ha querido engañar á V..... cediendo á mis sugerencias..... á mis mal urdidas tramas.

LUISA, aparte.

¡No ir conmigo al teatro, y venirse al baile solo!

EDUARDO.

Debe V. retirarse, abandonando el campo.

LUISA.

¡No! — ¡D. Antonio!.... reúname V. con su amigo..... Es temprano aun..... he resuelto quedarme. (Antonio saluda y vase.)

JUAN.

¿Dónde vamos? (Ofreciéndole el brazo.)

LUISA.

V..... á su casa para que no le riña su tío.

JUAN.

Alabo la frescura..... ¡Oiga!

LUISA.

Eduardo, sea V. mi caballero.

JUAN, aparte.

¿Qué diablos traen entre manos?... Se recelan..... mejor para mí..... Soy libre..... voy á bailar hasta el cotillon sin despedirme..... Nadie me la juega impunemente. (Sale corriendo por el fondo.)

EDUARDO, á Luisa.

No me satisface gran-cosa la distincion que consigo..... No se otorga á la simpatía, sino á la necesidad.

LUISA, con inquietud.

¿Cuando ha visto V. á la dama misteriosa?

EDUARDO.

A poco de haber entrado.

LUISA.

¿Quién es ella?

EDUARDO.

No la trato.

LUISA.

¿Es casada ó soltera?

EDUARDO.

Casada.

LUISA.

Quiero conocerla.

EDUARDO.

¿Quién sabe?... Quizás ya no esté en el baile; pero esto no probaria el engaño que me ha echado V. en cara.

LUISA.

Perdone V., Eduardo.

EDUARDO.

¿Cuánto quiere V. á Rafael! Me da envidia..... No vaya V. á pasarse del amor al ódio.....

LUISA.

Poco distan en efecto..... Pero ¿qué digo? Yo..... ¿comprende V.?... quiero bien á Rafael, y por esto me intereso en su dicha..... Me quedo..... por curiosidad.....

EDUARDO.

Por gozar viéndole dichoso..... ya sé.

LUISA.

¿Comprende V.?

EDUARDO.

Comprendo..... Al buen entendedor.....

LUISA, riendo.

¡Já, já, já!

EDUARDO.

¿Me juzga V. mas discreto?

LUISA.

Quizás..... es posible..... de seguro.....

EDUARDO.

Ha mejorado el juego, gracias á D. Antonio..... Dios le pague el servicio. (Salen por el fondo.)

ESCENA VI.

RAFAEL, por la puerta de la izquierda.

Las dos. Siento dentro del alma una inquietud que no sabría explicar..... Siento una cruel pesadumbre por haberme atrevido á pedir á Elena una entrevista, y sin embargo, estoy orgulloso de que haya accedido á mis ruegos. Fluctuacion incesante... lucha de sentimientos encontrados; las delicias del paraíso y los martirios de un infierno revueltos en confusa y torpe mezcla: hé ahí el amor con que nos brindan en la tierra.—¿Acudirá á la cita?... ¡Oh! ¡Si me engañase el corazon!.... ¡Imposible!.... vendrá: sus ojos anunciaron su pensamiento..... su labio articuló una palabra..... ¡Elena! Elena! ¿Cuál será el resultado de esta entrevista, que temo y que estoy deseando ardientemente?... ¿Qué voy á decir á esa mujer, soberana de mis pensamientos..... de los afectos mas íntimos de mi alma?... No sé..... Deberia yo quizás por su tranquilidad evitar una explicacion..... ¡Imposible!.... imposible!.... La negra estrella que presidió á mi nacimiento ejerce su decisiva influencia sobre nosotros..... Necesito ver á Elena, saber cómo vive, qué piensa, qué espera..... necesito saber si es desgraciada.....

ESCENA VII.

LA MARQUESA, con dominó y careta; viene acompañada de otra máscara, que se queda á corta distancia.—RAFAEL.

RAFAEL.

(Viendo á la Marquesa.) ¡Cielos! (Acercándose; en voz baja.) ¡Elena!

LA MARQUESA, en voz muy baja.

¡Rafael!

RAFAEL.

¡Ah! ¡No me engañaba el corazon!

LA MARQUESA, recelosa.

¡Calle V.!

RAFAEL.

Has correspondido á mi deseo..... Señora, ha colmado V. mis ardientes votos..... ¡gracias!

LA MARQUESA.

Despues de tres años de ausencia volvemos á encontrarnos.

RAFAEL.

Y ¡ en qué miserable estado! (Cón amargura.) Un hombre se ha interpuesto entre los dos; la sociedad y las leyes han levantado entre nosotros un muro de bronce, que no podemos..... que no debemos salvar.

LA MARQUESA.

¡ Rafael! ¿ Por qué habré yo venido?

RAFAEL.

¿ No deseabas..... ¿ No sentias la necesidad de hablar conmigo?

LA MARQUESA.

¿ Qué otra causa mas que este irresistible deseo ha podido triunfar de mi timidez, de mi debilidad? Qué otro estímulo hubiera podido obligarme á salir sola de noche, con una de mis doncellas, venciendo mil obstáculos, faltando á todo respeto, exponiéndome quizás á mil y mil peligros?

RAFAEL.

¡ Elena!

LA MARQUESA.

Necesito hablarte.

RAFAEL.

¿ De veras?.... (Aparte.) ¡ Me ama..... me ama!

LA MARQUESA.

Debo sincerarme á tus ojos. Si me has acusado alguna vez, si alguna vez has creido que el oropel y la pompa y las riquezas y el título de Marquesa pudieron deslumbrarme..... has sido injusto conmigo. Mi enlace fué un sacrificio forzoso, irremediable. Si hubiera seguido negándome á aceptar la mano del Marqués, mi padre hubiera tenido que salir para el destierro á una isla del archipiélago filipino..... A su edad y con sus achaques hubiera muerto sin remedio.

RAFAEL.

¡ Te obligó tu padre!....

LA MARQUESA.

No me he casado yo con el Marqués..... me han casado con él á viva fuerza: el cielo y la tierra se conjuraron contra una mujer débil y abandonada. No contesté á las cartas que me escribiste porque

queria que imaginases que la mudanza nacia de mí; porque pensé que de este modo me echarias en olvido, me despreciarias, y con esto te evitaba quizás una série interminable de desdichas.—Sea yo sola, dije, la víctima del destino.

RAFAEL.

¿Has olvidado que tu suerte es la mia? Cualquiera que sea la distancia que nos separe, una corriente invisible pone en contacto nuestras almas. En el apartamento en que he vivido en la isla, he sentido estremecerse mi corazon, sabiendo que el tuyo se estremecia al mismo tiempo. De tu enlace tuve noticia por un sueño, que produjo en mi alma todo el efecto de una funesta realidad.

LA MARQUESA.

Ya que un conjunto de circunstancias ha querido que nos volváramos á ver, te he dado esta explicacion sencilla y dolorosa..... y ¡adios!

RAFAEL.

¿Qué dices, Elena? (Deteniéndola.) ¿Presumes que he de consentir que te alejes de esta manera? No..... Tengo mucho que hablarte; piensa que hace ya tres años que no nos hemos visto, piensa que probablemente no volverémos á encontrarnos jamás sobre la tierra.

LA MARQUESA.

Eso pido al cielo.

RAFAEL.

¿Tú?....¿Cómo es posible?....

LA MARQUESA.

¿Olvidas, Rafael, que estoy casada..... que llevo un nombre que estoy obligada á respetar; que el mundo se ensañaria contra mí si llegara á comprender que ardé en mi pecho una pasion?

RAFAEL.

¿Me amas, Elena?

LA MARQUESA.

Calla..... Si he proferido alguna palabra.....

RAFAEL.

Me amas aun, ¿no es verdad?

LA MARQUESA.

No debo..... El amor, que era hace tres años una virtud, hoy seria un crimen..... ¡Déjame!....

RAFAEL.

Condenado á vivir muriendo desde la hora en que nací, sin ho-

gar, sin familia, habia concentrado todos los afectos de mi alma en dos mujeres: en mi pobre madre y en tí.... Elena.... ¡he perdido á las dos!

LA MARQUESA.

¿Tu madre?

RAFAEL.

¡Ya no existe! ¡Mi madre, muerta!.... ¡Tú.... casada!

LA MARQUESA.

Rafael.... podríamos llamar la atención.... Si álguien me descubriese me moriria de vergüenza.

RAFAEL.

Nadie se acuerda de que tú y yo existamos. Están todos embriagados con el vino y la locura.... Los hombres son como los niños: cuando juegan no se curan de lo que pasa á su alrededor.

LA MARQUESA.

Un terror secreto se está apoderando de mi espíritu.

RAFAEL.

Una pregunta sola.... Elena.... ¿cómo vives?.... ¡Oh! ¡si ese hombre, ladron, que me ha robado toda la felicidad á que aspiraba en este mundo, amargase tu existencia! Dime la verdad.... Yo puedo resignarme á todo.... á vivir sin el consuelo de verte, á vivir hasta sin esperanza.... pero no es posible que permanezca en un abatimiento imbécil si sufres los rigores de un hado adverso.... Si la suerte se vale de tu marido como vil instrumento de sus iniquidades, no hay acción de que no me sienta capaz, impulsado por el amor que te profeso....

LA MARQUESA.

Por Dios, Rafael, ¿qué estás diciendo?.... Ni aun de pensamiento quieras manchar la pureza de unas relaciones de que ni tú ni yo habrémos de avergonzarnos nunca, ni ante Dios ni ante nosotros mismos.

(Aparecen en el fondo, mas allá de la puerta, Luisa con careta y Eduardo con dominó negro.)

EDUARDO, á Luisa.

¿Está V. convencida de que no la engañaba?

LUISA.

Quiero hablarles.

EDUARDO.

No lo consiento.

LUISA.

¡Eduardo!

EDUARDO.

Ahora no; despues.....

(Luisa, contenida por Eduardo, observa desde una puerta del fondo á Rafael y á la Marquesa.)

LA MARQUESA.

Exige de nosotros el destino que suframos con el valor de los héroes, con la resignacion de los mártires..... Sea. Cumplamos con nuestro deber. ¡Adios! (Dándole la mano.)

RAFAEL.

¡Adios!..... Quiero acompañarte.

LA MARQUESA.

No es prudente.

RAFAEL.

Hasta la puerta. (Dándole el brazo.)

LA MARQUESA.

¡Ah!..... ¡Rafael!.....

RAFAEL.

¿Estas sollozando?

LA MARQUESA.

No; estoy ya muy tranquila.

RAFAEL, aparte.

¡Es un ángel de virtud!

LA MARQUESA, aparte.

¡Es un modelo de caballeros!

(Se van encaminando á la puerta del centro.)

LUISA, á Eduardo.

Hácia aquí vienen.

EDUARDO.

¿Quiere V. comprometerme?

LUISA.

Odedézcame V..... y calle.

(Luisa y Eduardo van siguiendo á Rafael y á la Marquesa, y desaparecen por la derecha entre el gentío.)

ESCENA VIII.

MARQUÉS, de dominó; entra precipitadamente por la puerta izquierda
luego JUAN.

EL MARQUÉS.

¡Imposible!..... (Quitándose la careta.) ¿Cómo encontrarla?..... y sin embargo..... aquí debe estar..... ¡Mujer desleal!.... mujer infame! Creída de que estaba ya tranquilo y seguro en mi lecho, se ha lanzado sin rubor..... pero yo la he de sorprender, y al criminal seductor, aun cuando se oculten en las entrañas de la tierra. (Permanece en el centro del escenario meditando.)

JUAN.

¡Bien se ha polkado y valsado! (Reparando en el Marqués.) ¡Hola! ¡máscara tenemos!

EL MARQUÉS, poniéndose la careta al oír ruido; volviéndose.

¡Mi sobrino! ¿Sabrá algo?..... Si me atreviera.....

JUAN.

Es la *vera effigies* del traidor Silva en el cuarto acto del *Hernani*. ¡Máscara! para cantar el terceto final no te falta mas que la trompeta.

EL MARQUÉS, quitándose la careta.

¡Juan!

JUAN.

¡Mi tío!..... Perdone V.....

EL MARQUÉS, llevándosele á un lado del proscenio.

¿Has visto á Antonio?

JUAN.

No. (Aparte.) ¡Qué cara! ¡Peor que la de siempre!

EL MARQUÉS.

¿Y á Eduardo?

JUAN.

Tampoco. (Aparte.) Me da miedo.....

EL MARQUÉS.

Y..... ¿has visto..... (Temblando al preguntar.) por casualidad á Rafael?

JUAN.

Sí.

EL MARQUÉS.

¿Solo?

JUAN.

No.

EL MARQUÉS.

¿Con quién iba?

JUAN.

Con una máscara.

EL MARQUÉS.

(Aparte.) Si será..... (Alto.) ¿Hacia qué lado lo has visto?

JUAN.

A la izquierda. (Señalando.)

EL MARQUÉS.

Véte inmediatamente á casa, y espera en la puerta de la calle.

JUAN, aparte.

¡Cristo me valga!

EL MARQUÉS.

Espera en la calle, ¿entiendes?

JUAN.

Bien. (El Marqués entra rápidamente en el salon del baile.) Mi tío no llegará nunca á domesticarse.

(Ruido de máscaras. — Juan sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

RAFAEL, llevando del brazo á LA MARQUESA; LUISA, con dominó y careta, y EDUARDO, con dominó y careta tambien. Varios máscaras vienen acompañando y celebrando con risotadas los dichos de Luisa.

LUISA, á Rafael y á la Marquesa.

¡No! no os dejo ya hasta que me canse. La tenacidad es una de las gracias que me adornan.

RAFAEL, aparte.

¡Maldito tropiezo!..... ¡Ira de Dios!

LA MARQUESA, aparte.

¡Qué angustia!

LUISA.

Al lado del placer está el dolor: habeis pasado aquí un rato de-

licioso, y ahora os toca sufrir las impertinencias de los desocupados.

EDUARDO, al oído.

¡Luisa!

LUISA.

(Volviéndose.) ¡Déjeme V.! — Yo creí que tenias mas discrecion....
¡Hablo contigo, Sr. D. Rafael!.... Y tú..... (Señalando á la Marquesa.)
mas respeto á tu estado.

EDUARDO.

¡Luisa!

RAFAEL, á Luisa.

Ese lenguaje es indigno de una persona bien nacida.

LUISA.

Estamos en Carnaval; no se haga el cartujo, Sr. D. Rafael....
tu enfado prueba que llevas del brazo á una mujer casada. ¡Ton-
to!..... tonto!! ¿No sabes que este oficio está expuesto á grandí-
simas quiebras?

RAFAEL.

No he de consentir....

LUISA.

¿Te enfadas en las máscaras? ¡Comparsas! ¡Reid!.... reid!....
(Grandes risotadas.) Sabiendo que te enojas, has hecho mal en venir
á este sitio.... y lo mismo esta señora.

EDUARDO.

Basta ya de broma.

LUISA.

Ahora empiezo.... (A la Marquesa.) Vamos.... tú.... explícate....
¿Dónde has dejado á tu marido?... ¡Estará soñando que es dicho-
so! (Suelta una careajada.) La fe conyugal anda en Madrid por los sue-
los, y las que la pisotean mejor son las que mas se distinguen ha-
ciendo fieros alardes de fidelidad y constancia.

RAFAEL.

¿De qué procede tanta pertinacia?

LUISA.

¿No lo has conocido?..... Eres miope.... Procede de que te
adoro, Rafael, de que por tí estoy muerta de celos.... ¿Quién no
se enamora de un Apolo de Belvedere?... ¡Estoy ciega, poseida de
un amor inmenso.... arrebatado.... inextinguible!.....

RAFAEL.

¡Pasó! (Empujando á la gente.) y acabemos de una vez.

LUISA.

¡Es peor! En las máscaras sucede como en las colmenas; lo más sábio es estarse quieto. Echar á correr vale tanto como decir: ¡Vengan encima todas las abejas, y claven su aguijón!

EDUARDO, al oído.

Pero..... Luisa.....

RAFAEL.

¡Oh, rabia! (A la Marquesa.) Apóyate..... Hay que evitar un escándalo.....

LA MARQUESA.

¿Qué va á ser de mí?

LUISA, á Rafael.

Dime al oído el nombre de esa mujer, y te dejamos feliz é independiente, como los españoles antes de la venida de los cartagineses..... Queremos saber quién es esta máscara!

VARIAS MÁSCARAS, alborotando.

¡Sí!.... sí!!

RAFAEL.

¡Señora!.... si lo sois..... las bromas tienen un límite..... Separáos!.... No renunciéis á vuestros fueros, porque en tal caso me pondriais en la sensible necesidad de apelar á medios que mi educación rechaza. — (Enfurecido dirigiéndose al grupo.) ¡Paso por última vez!.... (Las máscaras estrechan el círculo.)

ESCENA X.

EL MARQUÉS, sin careta, se acerca al grupo. — LA MARQUESA,
LUISA, EDUARDO. — MÁSCARAS.

LA MARQUESA, á Rafael.

¡Me estoy ahogando! (Las máscaras estrechan mas el círculo.)

RAFAEL, en el colmo de la ira.

¡Paso!.... ó ¡juro á Dios!....

LUISA.

No se retiran..... porque yo les he hecho entrar en curiosidad..... porque se figuran que el desenlace de esta crisis es inminente, y consiste, no ya en un dicho..... (Con arrebató.) ¡sino en un hecho! (Arranca la careta del rostro de la Marquesa.)

LA MARQUESA, desmayándose.

¡Gran Dios!

RAFAEL, avanzando hácia Luisa casi al mismo tiempo.

¡ Infame !

EL MARQUÉS.

¡ Mi mujer !!

RAFAEL, viéndole.

¡ El Marqués !!

EL MARQUÉS.

¡ Sr. Capitan!.... ¡ Sois un miserable..... y os escupo á la cara !

(Los circustantes se quedan atónitos, contemplando unos al Marqués, otros á Rafael. — Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Despacho del marqués de Valderano. Mesa á la izquierda. Puerta en el fondo. Puerta á la derecha, que comunica con la habitación de la Marquesa. Varios retratos en las paredes.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, ANTONIO.

EL MARQUÉS.

He variado de opinion : ya no me marchó.

ANTONIO.

Lo celebro infinito. Tan cierto es que te has anticipado á mis deseos , como que venia á rogarte que difirieses tu viaje siquiera hasta mañana.

EL MARQUÉS.

¿Qué sucede? (A parte.) ¡Habrà sabido ya el escàndalo de anoche! (Alto.) Estás muy risueño.

ANTONIO.

Amigo , grandes noticias. ¿Te acuerdas de la conversacion que tuvimos ayer tarde antes de comer?

EL MARQUÉS.

No recuerdo.

ANTONIO.

¿No me hablaste de tu pena..... de los profundos remordimientos que sufrías al pensar cómo habías abandonado en la mas triste orfandad al fruto de unos amores?....

EL MARQUÉS.

¿Y qué?

ANTONIO.

¿No lo adivinas? ¡Abrázame , Fernando !.... Aquel niño á quien dejaste sumido en la miseria vive aun , para dicha tuya.

EL MARQUÉS.

¿Qué dices?....

ANTONIO.

Aquel niño es hoy un gallardo mancebo , discreto , pundonoroso , valiente.....

EL MARQUÉS.

¡Antonio!.... ¿Cómo supiste?....

ANTONIO, con alegría.

Ha sido una cosa providencial.

EL MARQUÉS.

¡Existe una Providencia!....

ANTONIO.

Que premia y castiga. A tus fervientes votos corresponde hoy, brindándote con la satisfacción más grande y pura.....

EL MARQUÉS.

¿Y Cecilia?

ANTONIO.

Murió hace cosa de dos años en las montañas de Santander.

EL MARQUÉS.

¡Ah! ¡qué infame fuí con ella!.... (Con amargura.) ¡Cecilia! mírala.

(Señalando un retrato de mujer colocado á la izquierda, detrás de la silla del escritorio.)

Pero mi hijo vive..... ¿No me engañas?....

ANTONIO.

Vive.

EL MARQUÉS, con inquietud.

Y ¿dónde está?

ANTONIO.

En Madrid.

EL MARQUÉS.

¡Qué oigo!

ANTONIO.

Le he dicho que le estoy preparando una sorpresa : que su padre existe.

EL MARQUÉS.

¿Y desea conocer á su padre?

ANTONIO.

Está ardiendo en deseos de abrazarle : su alma, noble y generosa, olvida los agravios..... Sintiendo el estímulo de la sangre, cuenta los momentos que le faltan hasta el reconocimiento del ser á quien debió la vida.....

EL MARQUÉS.

¡Y la desgracia! (Con amargura.) ¡Cuanto habrá sufrido por mi culpa!.... Antonio, no puedes imaginarte cuán grande es el beneficio que me has hecho. En estos momentos supremos qui-

tas de mi conciencia un peso enorme..... Anda, corre; necesito verle inmediatamente, porque mas tarde quizás seria imposible.

ANTONIO.

La expresion de tu fisonomía induce á sospechar..... (Observando.)
—¿Ha sucedido algo que yo no sepa? El diferir tu viaje, resuelto ayer definitivamente, reconoce sin duda una causa poderosa.....
¡ Habla !

EL MARQUÉS, en voz muy baja.

El hombre que me turbaba el sueño..... aquel hombre á quien amaba mi mujer.....

ANTONIO.

¡ Qué escucho !

EL MARQUÉS.

Se ha encontrado anoche frente á frente con ella..... ¡ Estoy deshonrado á los ojos del mundo !..... Hubo ayer un gravísimo escándalo en las máscaras.

ANTONIO.

¿ Viste á ese hombre ?

EL MARQUÉS.

Lo insulté, y en presencia de todos los circunstantes le escupí á la cara..... Estoy ahora esperando que quiera volver por su honra el que ha mancillado la mia. Bien..... bien se goza la Providencia en atormentarme.....

ANTONIO.

No acuses á la Providencia, sino á tí mismo, que lo has querido.

EL MARQUÉS.

¡ Antonio !

ANTONIO.

No es hora de recriminaciones..... ¡ Basta !..... Ese hombre ¿ no te ha escrito todavía ?

EL MARQUÉS.

No, y me sorprende ; hace ya una hora que ha amanecido.

ANTONIO.

Yo seré uno de tus padrinos.

EL MARQUÉS.

Con la condicion de que el duelo se ha de llevar á muerte. Aun cuando viera al mundo entero de rodillas á mis piés, aun que mi padre volviese al mundo y me rogase con las lágrimas en los ojos,

sería inflexible. Anda, trae aquí á mi hijo..... le abrazaré..... le pediré perdon por mi criminal olvido; pero que no me diga una sola palabra que se refiera á mí vergüenza y á mi oprobio, porque sería inútil, completamente inútil.

ANTONIO.

¿Y Elena?

EL MARQUÉS.

Está tomada mi resolucion respecto á la Marquesa. Anda, y vuelve al punto.

(Sale Antonio por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS, JUAN.

EL MARQUÉS, llamando.

¡Juan!

JUAN, aparte.

Me estoy cayendo de sueño.

EL MARQUÉS.

¿Has seguido observando?

JUAN.

En toda la noche no ha pasado bicho viviente por la calle: no se ha oido una mosca..... Como que la noche se ha hecho para dormir..... (Aparte.) menos para un sobrino que tenga un tío como tú.

EL MARQUÉS.

Di á la Marquesa que puede pasar á esta habitacion cuando lo estime conveniente.

JUAN, bostezando.

Este recado mismo traia á V. de su parte.

EL MARQUÉS.

¿Ha dicho que queria verme?

JUAN.

Precisamente.

EL MARQUÉS.

Avisa.

(Entra Juan por la puerta derecha un instante despues aparece la Marquesa.)

ESCENA III.

EL MARQUÉS, LA MARQUESA.

LA MARQUESA.

Señor Marqués..... doy á V. gracias por su bondad.....

EL MARQUÉS.

Puede V. tomar asiento, aunque presumo que no será mucho lo que tenga V. que decirme. Yo pienso ser tambien muy breve en esta ocasion.

LA MARQUESA.

Un conjunto de circunstancias desgraciadas me han colocado en una posicion particular, equívoca, en extremo dolorosa para quien, como yo, conoce la ley de su deber. Sé que las apariencias me acusan; por esto, Sr. Marqués, debo á V. la explicacion leal y sencilla del motivo que me impulsó á tomar una resolucion que no trato de justificar en manera alguna. Usted, que sabe por mí misma la historia anterior á nuestro enlace.....

EL MARQUÉS.

¡Señora!.... me atreveria á rogarle que abreviase.

LA MARQUESA.

Confieso que anoche cometí una ligereza, que incurri en una falta quizás; pero juro á V. por el reposo de mi alma que ni la sombra mas leve ha empañado la pureza de mi corazon ni de mis pensamientos..... Juro á V.....

EL MARQUÉS.

Basta, Señora. ¿Tiene V. tranquila la conciencia? Es una felicidad envidiable; pero la dulce paz en que vive V. consigo misma, porque conoce V. su candorosa inocencia, no alterará en lo mas mínimo la marcha de los sucesos..... (Con ironía.) Como víctima desgraciada, mal comprendida por el mundo y por un marido caviloso y tirano (todos los maridos son lo mismo), saldrá V. dentro de dos horas en una silla de posta para mi castillo de Liébana..... Irá V. sola : yo he resuelto quedarme, y diré á V. por qué. Tengo sobre mí la obligacion de ir convenciendo uno por uno á los testigos de la inocente cita, á que inocentemente acudió V., que aquella fué solo una ligereza, cuando mas una falta leve; porque es preciso que yo haga saber al mundo que la pureza del corazon de

mi mujer no se empaña porque le dé el capricho de salir á las tres de la madrugada á una cita.

LA MARQUESA.

¡Sr. Marqués!.... No reconozco en V. derecho para ofenderme usando del sarcasmo..... Me retiro.

EL MARQUÉS.

No es tiempo todavía. Sírvase V. vencer su impaciencia hasta que me plazca concluir.

LA MARQUESA.

Mi delicadeza.....

EL MARQUÉS.

No debe ignorar que he resuelto permanecer en Madrid para probar á amigos y á extraños que si hay en el mundo una mujer que, en un momento de olvido ó de ligereza, ha echado una mancha sobre los claros timbres de su marido, existe un marido que sabe desquitarse del ridículo derramando la sangre del causador de su infamia.

LA MARQUESA.

¡Sr. Marqués!

EL MARQUÉS.

Quiero que al partir lleve V. el convencimiento de que yo, fuerte con mi derecho, buscaré al hombre á quien consagró V. su amante corazón, para arrancarle el suyo; quiero que sepa V. que no le servirá sustraerse á mi escudriñadora mirada..... Ese galán tan menguado, tan cobarde, que no ha respondido á la afrenta con que infamé su rostro, habrá de encontrarse al fin conmigo, habré de verle á mis plantas, atravesado el pecho por esta mano que en hora triste y aciaga la llevó á V. al altar, en donde pronunció V. un juramento, mintiendo en presencia de Dios y de los hombres. Señora..... he concluido. — Estas son las últimas palabras que habrá V. oído de mis labios. — En Liébana vivirá V. sola hasta el momento en que sucumba V. bajo el peso de la vergüenza, destrozada por unos remordimientos que en vano intentará V. acallar.

LA MARQUESA, llorando.

¡Oh Dios mio!.... ¡Soy inocente!.... ¡Lo juro por lo mas sagrado!

EL MARQUÉS.

¡Llora V.? No falta para ello motivo.

(La Marquesa saca un pañuelo del bolsillo, y deja caer al suelo un papel que el Marqués recoge precipitadamente.)

LA MARQUESA.

¡Ah!.... Este papel..... (Queriendo quitárselo.)

EL MARQUÉS.

¿Será que ese villano se haya atrevido?....

LA MARQUESA.

¡No, no lo lea V.!.... (Con inmensa agitacion.) se lo suplico. (Echándose á sus piés.) Máteme V., pero no lea V. esta carta.

EL MARQUÉS.

¡Ultraje sobre ultraje!

LA MARQUESA.

¡Dios mio! (Queriendo quitar el papel al Marqués.) ¡No!....

EL MARQUÉS.

(Mirando el sobre.) ¡ Viene dirigido á mí!.... (Leyendo.) « Si el Marqués de Valderano es caballero, acudirá al amanecer á la puerta de Alcalá. Para un duelo á muerte sea Dios nuestro juez y único testigo.—*Rafael de la Cruz.* » (Representando.) ¡ La ira del cielo caiga sobre nosotros! (A la Marquesa con violencia.) ¡ Cuándo han traído esta carta? ¡ Diga V!.... ¡ hable V!....

LA MARQUESA.

Antes de amanecer..... yo..... se la quité al criado.

EL MARQUÉS.

(Toca la campanilla.) ¡ El valiente capitán, orgulloso con mi silencio, presumirá que el temor me ha encadenado los piés!.... (A la Marquesa.) No le ha bastado á V. la ofensa de anoche..... ¡ Ha querido V. además que pudieran motejarme de débil y de cóbarde! — (Al criado.) Mi sombrero.

LA MARQUESA.

¡Por piedad! (Queriendo detener al Marqués.) ¡Oígame V.!

EL MARQUÉS.

¡Déjeme V..... le he dicho!

ESCENA IV.

LUISA, LA MARQUESA, EL MARQUÉS; luego EDUARDO.

LUISA.

¡Sr. Marqués!.... (El Marqués sale por el foro sin contestar.)

LA MARQUESA.

¡Ah! ¡Luisa! (Echándose en sus brazos.)

LUISA, con naturalidad.

Eduardo y yo venimos á despedirnos, y nos encontramos con la casa revuelta..... ¿Qué es lo que está sucediendo?

LA MARQUESA.

No quieras saberlo..... ¡un crimen espantoso!.... Rafael..... el Marqués..... ¡Qué horror! ¡Y yo tengo la culpa!.... Pero no, Luisa, no; soy inocente..... Tú por lo menos creerás en la sinceridad de mis palabras.

LUISA.

Quizás el Marqués y Rafael.....

LA MARQUESA.

Sí: á consecuencia de un disgusto..... anoche en las máscaras.....

LUISA, aparentando frialdad.

Estoy enterada de ello.

LA MARQUESA.

¿Cómo supiste?....

LUISA.

Una amiga mia me refirió el suceso, que deploro con toda mi alma.

LA MARQUESA.

¡Gran Dios! ¿Es posible?.... Mi honra anda ya en boca de las gentes..... ¡Qué mucho, si el escándalo se dió ante un inmenso concurso!.... Una mujer, aborto sin duda del infierno, ha ocasionado mi eterna desdicha y va á ser causa de la muerte de Rafael ó de mi marido..... quizás de los dos.....

LUISA, aparte.

¡Cielos! ¿Quién podia imaginar?....

LA MARQUESA.

Créeme.

LUISA, con resolucion.

Es preciso impedir ese duelo á todo trance.

LA MARQUESA.

Tienes razon..... Pero nosotras..... ¿cómo conseguir sin medios..... sin recursos?....

LUISA.

Eduardo ha venido acompañándome.

LA MARQUESA.

¡Qué escucho! ¡Llámale..... llámale!

LUISA, asomándose á la puerta del fondo.

¡Eduardo!

(Aparece Eduardo.)

EDUARDO.

¿Qué sucede á VV.?....

LA MARQUESA.

¡Corra V.!.....

LUISA.

¡Vaya V.!.....

EDUARDO.

¿Adónde?

LA MARQUESA.

A impedir ese duelo.

LUISA.

Pero ¿dónde es el duelo?

LA MARQUESA, agitadísima.

Deben encontrarse los dos en la puerta de Alcalá..... La entrevista era al amanecer, pero..... hasta ahora no ha salido el Marqués.....

EDUARDO.

Le he visto cruzar la antesala.

LUISA.

¡Corra V. por Dios!....

LUISA, casi al mismo tiempo.

Corra V., Eduardo.

EDUARDO, á Luisa, en voz baja.

¿Ve V. las consecuencias de sus arrebatos?

LUISA, á Eduardo.

Calle V.

LA MARQUESA.

¡Por Dios..... por Dios!.... (Instando vivamente á Eduardo, que sale por la puerta del fondo.)

ESCENA V.

LA MARQUESA, LUISA.

LA MARQUESA.

¡Ah! Si llegase á tiempo.....

LUISA.

Quizás.....

LA MARQUESA.

¿Tú crees que llegará á impedir que se consume un delito?....

LUISA.

Lo deseo tan ardientemente como tú.

LA MARQUESA.

¡Luisa de mi alma!.... ¡Qué situación la mia!....

LUISA, *aparte.*

¡Qué horrible ansiedad! Yo tengo la culpa. Mi arrebato.....

LA MARQUESA.

¿Sufres porque me ves sufrir?

LUISA, *esforzándose por ocultar su pensamiento.*

¡Sí..... Elena!

LA MARQUESA.

¿Tú no conoces á Rafael de la Cruz?

LUISA.

No le conozco.

LA MARQUESA, *abrazándola.*

¡Alma cariñosa y grande! No tiene tus sentimientos la mujer inicua que se atrevió ayer en medio de las máscaras..... Su incomprendible arrebato ha producido el espantoso conflicto en que nos encontramos.

LUISA.

¡Calla por Dios!

LA MARQUESA.

¡Si te contara toda la historia..... te horrorizarías!

LUISA.

¡Cuánto tarda en volver Eduardo!

LA MARQUESA.

¡Es verdad!.... ¡Qué angustia!....

LUISA.

Los instantes se hacen siglos.....

LA MARQUESA.

¡Si no hubiese llegado á tiempo..... si hubiesen cruzado las espadas el Marqués y Rafael!....

ESCENA VI.

RAFAEL, JUAN, LA MARQUESA, LUISA.

JUAN, queriendo detener á Rafael.

No puede V. entrar..... Me compromete V.....

(Rafael aparece en el umbral de la puerta del foro.)

LA MARQUESA, LUISA.

¡Rafael!!

LA MARQUESA.

¿Y el Marqués?

RAFAEL.

Por él pregunto.

LA MARQUESA.

¿Qué?... (Con alegría.) ¿V. no le ha visto?... ¡Gracias, Dios mio!

RAFAEL.

¿Salió por ventura? (Disponiéndose á marchar. La Marquesa le cierra el paso.)

LA MARQUESA.

No ; de aquí no saldrá V. sin que jure evitar este lance.

RAFAEL.

Imposible ; despues de la escena de anoche, él y yo no cabemos ya en el mundo.

LA MARQUESA.

¡Rafael!

RAFAEL.

¡Elena! (Suplicando que se aparte.)

LA MARQUESA.

¡Luisa!.... no permitas.....

LUISA, suplicando.

¡Rafael!

RAFAEL, á Luisa.

Señora..... es en vano.....

LUISA, á Rafael.

No cierre V. sus oídos á nuestra justa demanda.....

RAFAEL, á Luisa.

Las bondades que ha usado V. conmigo.....

LA MARQUESA.

(Sorprendida.) ¿Qué está diciendo? (A Rafael.) ¿Luisa conocia á V.?

RAFAEL.

Esta señora.....

LUISA.

¡ Calle V.! (Agitadísima, mirando alternativamente á Rafael y á la Marquesa.)

RAFAEL.

Ha sido compañera mía de navegacion.

LUISA.

Elena, vámonos..... Si volviese tu marido.....

LA MARQUESA.

(A Luisa.) ¡ Calla!.... (A Rafael.) ¡ Siga V!....

RAFAEL.

Luisa me atendió con cariñosa solicitud durante una enfermedad.....

LUISA, en actitud suplicante.

¡ Rafael!

LA MARQUESA.

Durante una enfermedad que padeció V. á bordo del buque.....

LUISA, anonadada

¡ Ah!

RAFAEL.

Verdad es..... ¿ V. lo sabia?

LA MARQUESA, señalando á Luisa.

¡ Por ella!....—¿ Yo era la rival que buscabas? ¿ Tú has sido la que arrancó la máscara de mi rostro?

RAFAEL, sorprendido.

¿ Luisa?

LA MARQUESA.

¡ Ella es..... ella!!

LUISA, cayendo de rodillas.

¡ Perdóname!

LA MARQUESA.

¡ Esa mujer ha asesinado mi tranquilidad..... mi honra!.... Ha armado el brazo de dos hombres inexorables..... ¡ Habla!....

LUISA.

¡ Rafael!.... ¡ Elena!.... ¡ me reconozco culpable!....

ESCENA VII.

JUAN, LA MARQUESA, LUISA, RAFAEL.

JUAN, desde la puerta del fondo.

¡El Marqués!

LA MARQUESA, á Rafael.

¡Ah! ¡Por tu madre..... por nuestro antiguo amor..... cede, evita su presencia..... no se efectúe ese desafío!

RAFAEL.

Uno de los dos ha de morir..... Aguardo á pié firme.

LUISA.

¡No quiera V. amargar mi existencia!

JUAN, desde la puerta, avanzando.

¡El Marqués!

LA MARQUESA, á Luisa.

¡Por tu culpa! Caiga sobre tu cabeza gota á gota la sangre.....

LUISA.

¡Perdon, Elena!

(La Marquesa entra, y despues Luisa.)

JUAN, al oido á Rafael.

Cuidado con decir que ha hablado V. con la Marquesa, ¿estamos?

(Corre hácia el fondo antes de que aparezca el Marqués.)

ESCENA VIII.

RAFAEL, EL MARQUÉS, JUAN.

EL MARQUÉS, antes de aparecer.

¡El Capitan!

JUAN, al Marqués á la puerta.

Se coló á viva fuerza; pero no ha visto á la Marquesa.....
(Aparte.) mas que todo el tiempo que ha querido. (Se retira.)

EL MARQUÉS, desde el umbral de la puerta.

¡V. aquí!.... ¿Con qué derecho ha vuelto V. á pisar los umbrales de esta casa?

RAFAEL.

Con el derecho del hombre ofendido á quien no se contesta.

Desde el amanecer he estado aguardando á V. en las afueras de la puerta de Alcalá, despues de haberle escrito una carta.

EL MARQUÉS.

Siento haber molestado á V.; pero no ha consistido en mí la dilacion. Hay en esta casa quien se interesa por la vida de V.....

RAFAEL.

¡Elena!....

EL MARQUÉS.

¿Se atreve V. á pronunciar ese nombre en mi presencia? Está V. en mi casa. Esa persona..... guardó para sí el billete..... Creo que será V. bastante caballero para comprender que quien anoche le retó á mortal contienda no debe haber variado de propósito en tan corto espacio de tiempo.

RAFAEL.

¿Acepta V. las condiciones consignadas en la carta? (Asentimiento del Marqués.) Me complazco en ello. Las negociaciones y arreglos de los amigos sobran cuando se trata de una cuestion tan delicada como la que entre V. y yo debe ventilarse.

EL MARQUÉS.

Creo lo mismo.

RAFAEL.

Estoy á las órdenes de V.

EL MARQUÉS.

Cuando V. guste.....

RAFAEL.

Ahora.

EL MARQUÉS.

¡Sea! (Dando la mano á Rafael.) ¡A muerte!

RAFAEL.

¡A muerte!! (Teniendo asida la del Marqués.)

ESCENA IX.

ANTONIO. — RAFAEL, EL MARQUÉS.

ANTONIO, contemplándolos desde el foro con gran satisfaccion.

¡Se estrechan la mano!.... (Adelantándose.) ¡Bien!.... bien!.... ¡Abrazáos!....

RAFAEL, retirándose.

¡Don Antonio!

EL MARQUES, á Antonio.

¡Déjame!

ANTONIO.

Dios ha encaminado milagrosamente los sucesos... ¡Abrazáos... abrazáos!.... ¿Nada os ha dicho el corazon? ¡Ah! ¡Sí.... Rafael! Tiene V. delante de sí á su padre, que deplora sus errores.....

RAFAEL, señalando al Marqués.

¿Mi padre ese hombre?... ¡Imposible!

EL MARQUÉS, señalando á Rafael.

¿El Capitan..... mi hijo?... ¡Antonio..... mientes!.... mientes!

ANTONIO.

¿Dudan VV. de mis palabras? Yo les convenceré.....

EL MARQUÉS.

No puede ser mi hijo el que ha atentado á mi honra, el que ha infamado mis canas.....

ANTONIO, sorprendido.

¡Qué escucho!

RAFAEL.

No puede ser mi padre quien me ha escupido á la cara á la faz de las gentes..... ¡No miente la sangre, y la mia pide á voces la de ese hombre!

EL MARQUÉS.

¡Y mi sangre pide á voces la suya! (En el umbral de la puerta del fondo.)
¡Estoy aguardando, Sr. Capitan!

ANTONIO.

¡Rafael!.... (Sujetándole fuertemente.)

RAFAEL, enojado, á Antonio.

Déjeme V., ó juro por el alma de mi madre.....

ANTONIO, con inspiracion.

¡Ah! ¡Mírala!... (Señalando el retrato de mujer colocado detrás del sillón del escritorio.)

RAFAEL.

¡Ah! ¡Mi madre!... (Fijándose en el retrato.) ¡Ella!... ella misma!...!

EL MARQUÉS.

¿Qué está V. diciendo?... No puede ser.....

ANTONIO.

Convécete, hombre ciego y empedernido.

RAFAEL, siempre fijo en el retrato.

¡Madre! Madre de mi alma!

EL MARQUÉS.

¡Con que..... este (Señalando á Rafael.) es el hijo que abandoné en la miseria..... en el desamparo..... en la orfandad!.... ¡Le abandoné..... para que viniera á ser el verdugo de mis últimos años!....

(Leve pausa, durante la cual el Marqués y Rafael se contemplan, demostrando en sus semblantes una violenta lucha de afectos.)

EL MARQUÉS, titubeando.

¡Hijo!.... (Corriendo á abrazar á Rafael.) ¡Hijo mio!!

RAFAEL, con efusion, abrazando al Marqués.

¡Padre!.... padre!!

EL MARQUÉS, con un movimiento convulsivo.

¡Quita!.... aparta!.... ¡Sufro mucho!....

ANTONIO, tranquilizándole.

¡Fernando!

EL MARQUÉS.

¿Y á quien achacar la culpa de mis acerbos dolores?.... Yo..... yo he sido el instrumento de mi propia deshonra..... ¡porque tú me has deshonrado, y no puedo tomar venganza!

RAFAEL.

¡Mátame, padre!

EL MARQUÉS.

¡Matarte..... siendo yo el criminal! (Con amarga pena.) porque yo te abandoné, negándote mi nombre, y no contento con accion tan íncua, te he robado para siempre la felicidad.....

RAFAEL.

¡Por Dios!.... No prosigas.....

EL MARQUÉS.

Pero la Providencia me ha castigado cumplidamente..... Me ha herido en lo mas íntimo del almá. (Abrazando á Rafael.) ¡Hijo! hijo!.... (Con amargura.) ¡Sufre, y paga, viejo infeliz, los pecados de la juventud! (Se encamina agitadísimo hácia la habitacion de la Marquesa.)

ANTONIO.

¿Qué vas á hacer?

EL MARQUÉS, llamando.

¡Elena!

ANTONIO, cogiéndole la mano.

Estás convulso.

EL MARQUÉS.

Por mucho que sufra, mis torturas no igualarán á la enormidad de mis faltas.

ESCENA X.

LA MARQUESA.—EL MARQUÉS, RAFAEL, ANTONIO.

LA MARQUESA.

(Al aparecer.) ¡ Señor Marqués!.... (Sorprendida.) ¡ Abrazados !

EL MARQUÉS.

Originales peripecias de la vida!.... Quería matarle, y lloro mirándome en sus ojos..... (A la Marquesa.) En mi presencia abraza á Rafael. (La Marquesa se retira.) Puedes abrazarle sin rebozo..... porque este es mi hijo..... Dile que le quieres, que le amas..... (Como enajenado.) que le adoras..... Oígalo yo.... Es preciso que los celos y la envidia y el despecho, batallando en mi corazón con un sentimiento que he desconocido, conviertan para mí el mundo en un infierno, en que purgue los errores de una juventud licenciosa y desordenada..... ¡ Y negaba la Providencia!....

RAFAEL.

¡ Padre !

EL MARQUÉS.

No..... no. ¡ Abrazáos!....

ANTONIO.

Tranquilízate.

EL MARQUÉS.

¡ El hombre que escarneció la Providencia, que se burló de los remordimientos y de los dolores de los maridos y de los padres y de los hermanos, debe, siquiera en el último tercio de su vida, experimentar sus crueles rigores! El que ha negado que existe el gusano roedor de la conciencia, justo es que se encuentre ahogado entre los pliegues de la serpiente!.... ¡ Dejadme!

ESCENA XI.

JUAN.—LA MARQUESA, EL MARQUÉS, RAFAEL, ANTONIO.

JUAN.

La silla de posta está preparada.

EL MARQUÉS.

¡ Que desenganchen!.... Nos quedamos todos..... (Con amarga ironía.) á celebrar el hallazgo de mi hijo.

ANTONIO, á Rafael, bajo.

¡Rafael!

RAFAEL.

Entiendo.....—¡Padre! Me alejo de aquí para siempre.

EL MARQUÉS.

¡No! no te vayas.....

RAFAEL.

Es forzoso.

EL MARQUÉS.

¡Verdad es!... sí..... Aplaudo tu resolucion : es digna de un jóven de sentimientos hidalgos.

RAFAEL.

Solo le ruego, al partir, que honre V. la memoria de mi madre; respete V. á Elena, que no es una mujer, es un ángel de virtud y de candor.—(Abrazándole.) ¡Padre!....

EL MARQUÉS.

¡Hijo!!... Le encontré para perderle..... ¡Ah, solo mia es la culpa!

RAFAEL, á la Marquesa.

¡Fortaleza..... valor!

LA MARQUESA, á Rafael.

Mi alma sigue á la tuya.

EL MARQUÉS, interponiéndose, con aspereza.

¿Qué le estabas diciendo al oído?....

ANTONIO, al Marqués.

¡Fernando!

EL MARQUÉS, avergonzado.

Tienes razon.

(Salen Rafael y Juan por la puerta del fondo.)

EL MARQUÉS, con dulzura á la Marquesa.

Elena,..... perdona el mal que te he hecho..... he sido el autor de tu desgracia, de la de mi propio hijo; pero no creas que sobre vuestra desdicha he fundado mi felicidad..... ¡No!.... ¡Si vieras el fondo de mi alma te estremecerias!.... ¡Soy mas desgraciado que vosotros!....

(Suena el ruido de la silla de posta.)

LA MARQUESA, dando un grito.

¡Ah! ¡Partió para siempre!

EL MARQUÉS, á Antonio, con una expresion dolorosísima.

¡Sin consuelo, y deshonorado á los ojos del mundo!!...

FIN.

THE HISTORY OF THE REIGN OF

1785

1785

1785

1785

THE HISTORY OF THE REIGN OF

1785

1785

VARIANTE.

Las dos últimas escenas del acto tercero y parte de la ix quedaron modificadas para la representacion de la manera siguiente :

RAFAEL.

¡Ah! ¡madre! (ñjándose en el retrato.) ¡Ella!.... ¡ella misma!

MARQUÉS.

Esa no es tu madre.

RAFAEL.

¿Que no?... ¡Madre..... madre de mi alma!

EL MARQUÉS.

Con que es..... mi hijo..... Este es el hijo á quien abandoné, que sufrió por mi culpa desamparo y miseria y orfandad..... (Leve pausa.)
¡Hijo!.... hijo mio!!

RAFAEL, corriendo á abrazarle.

¡Padre!!

EL MARQUÉS.

¿De quién quejarme?... de quién tomar venganza sino de mí mismo?... ¡Dios te trajo á ser verdugo de mi ancianidad!.... ¡Sufre, y paga, viejo infeliz, los pecados de la juventud!

RAFAEL.

¡Tenga el cielo piedad de nosotros!....

ANTONIO, al Marqués.

¿Y querias matarle?

EL MARQUÉS.

¿Quién habla de matar á mi hijo? (Abrazando á Rafael con cariño.

RAFAEL.

¡Padre!!

ESCENA X.

LA MARQUESA.—RAFAEL, EL MARQUÉS, ANTONIO.

LA MARQUESA, desde la puerta de la derecha.

¡Abrazados!

EL MARQUÉS.

¡Ya lo ves, Elena..... queria matarle..... y lloro en sus brazos!....
¡Recibe en los tuyos al hijo de tu marido!

RAFAEL, negándose á abrazar á la Marquesa.

¡Padre!....

LA MARQUESA.

¡Gracias, Dios mio..... que ya puedo amarle sin rubor en la frente!

EL MARQUÉS.

Yo solo soy culpable..... yo, que me burlé de hermanos, padres y esposos..... yo, que escarneí los dolores y negué los remordimientos..... yo, que, ciego, me he empeñado en apurar la clemencia de Dios..... ¡Cuán grande es tu providencia!.... ¡Cuál la veo en el hijo que me devuelves!.... ¡Con él me has castigado!.... con él me perdonarás!....

ESCENA XI.

JUAN. — RAFAEL, EL MARQUÉS, ANTONIO, LA MARQUESA.

JUAN.

La silla de posta aguarda á la puerta.....

EL MARQUÉS.

Ya es inútil.

RAFAEL.

Empiezo á disponer de los bienes de mi padre. Necesito ese carruaje.

EL MARQUÉS.

¿Quieres ausentarte?

RAFAEL.

No me niegue V. su permiso.

ANTONIO.

Déjale que parta.

EL MARQUÉS.

Pero..... dime..... ¿volverás?

RAFAEL.

Creo que pronto podré volver.

LA MARQUESA.

¡Oh!.... ¡Sí!.... muy pronto.

RAFAEL, abrazando al Marqués.

¡Padre!.... ¡Adios!

EL MARQUÉS.

¡Hijo de mis entrañas!.... ¡Le encontré para perderlo! Mia solo..... mia es la culpa!....

RAFAEL, besando la mano á la Marquesa.

¡Adios, madre!

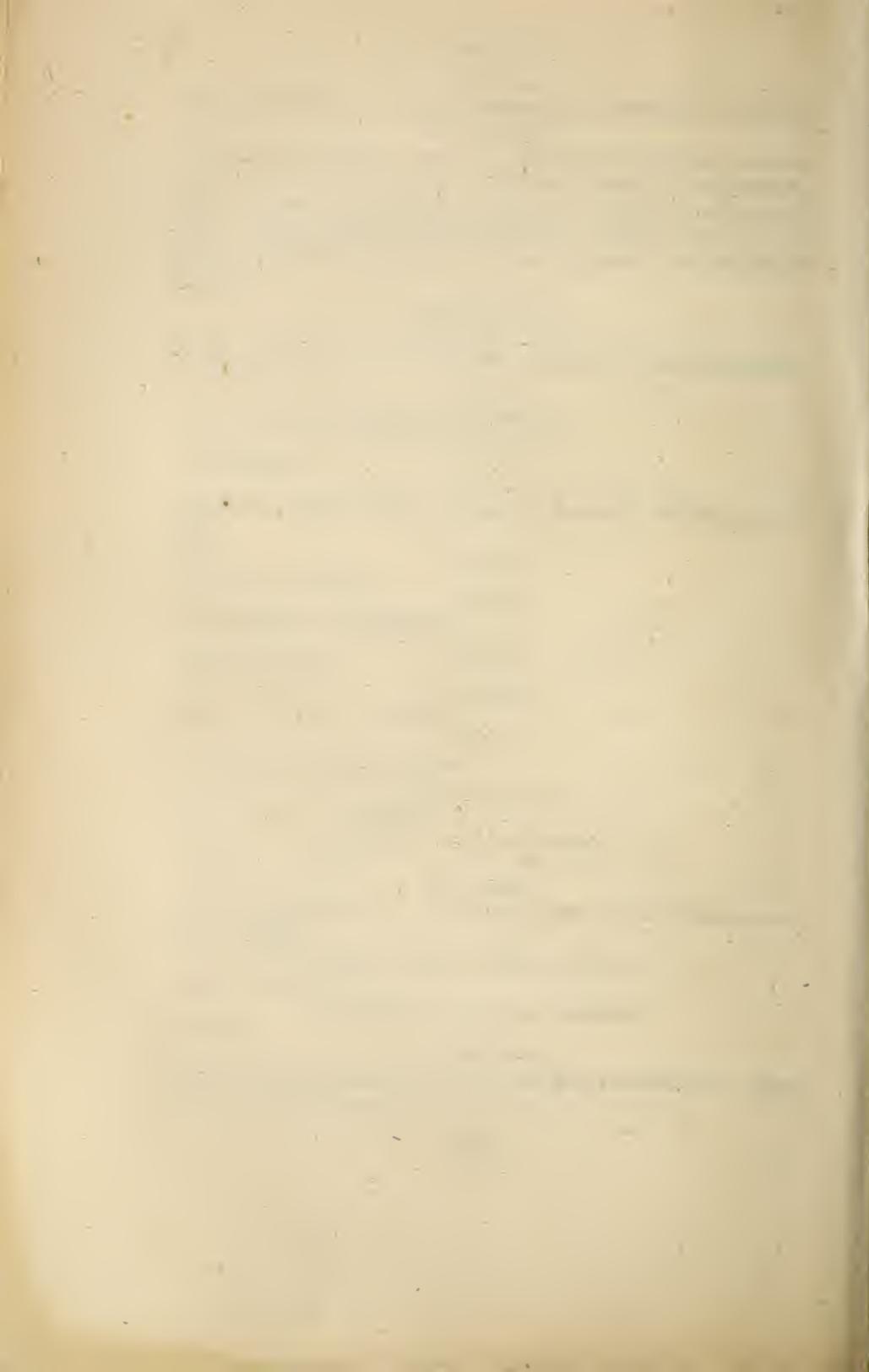
LA MARQUESA, enjugándose las lágrimas.

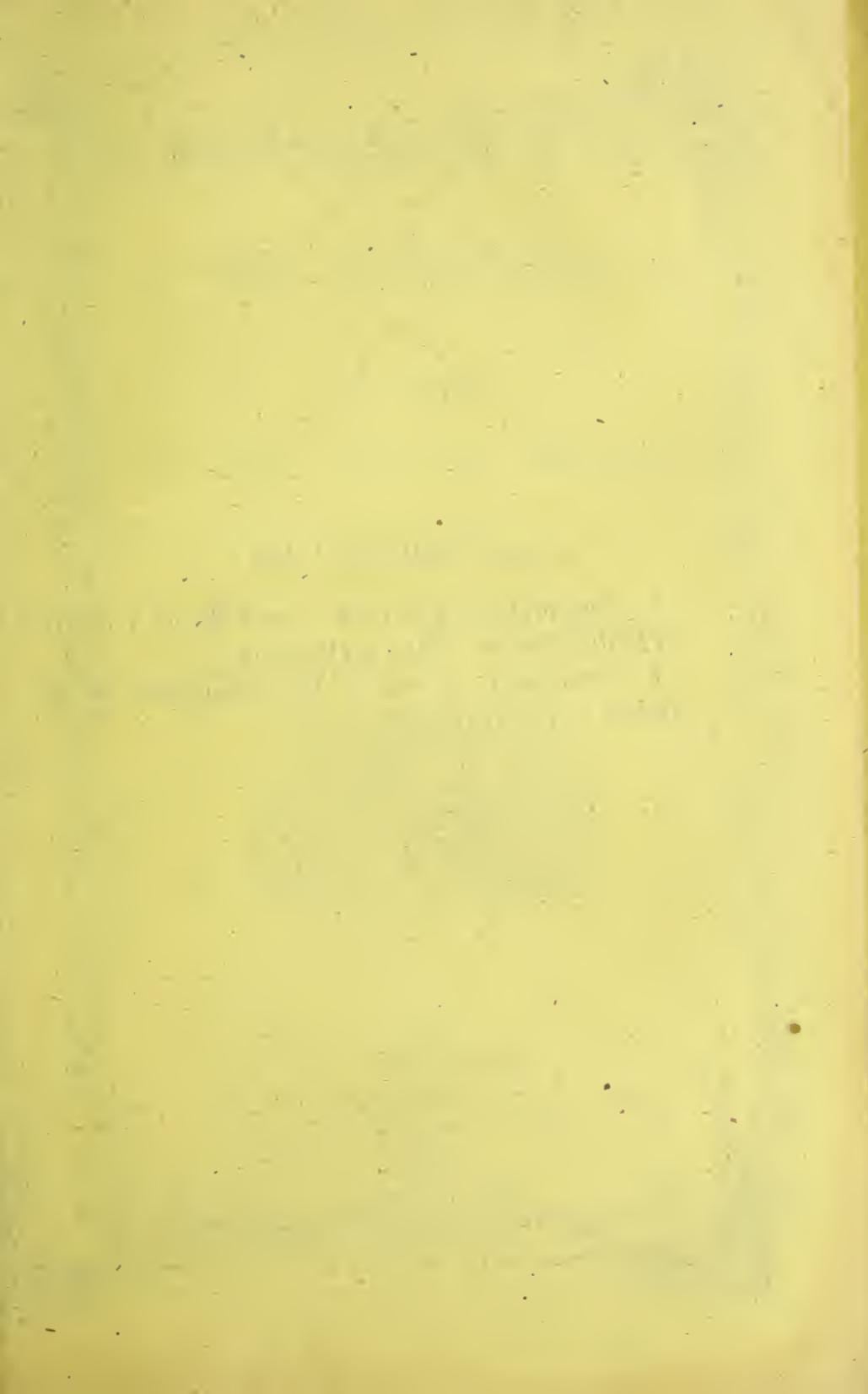
¡Rafael!

EL MARQUÉS.

¡Señor! (Levantando los ojos al cielo.) ¡Completa la obra de tu misericordia! ¡Que vuelva pronto!

FIN.





PUNTOS DE VENTA:

En *Madrid*, librería de *Cuesta*, calle Mayor, y librería de *Bailly-Baillièrè*, calle del Príncipe.

En *Provincias*, en casa de los comisionados de EL AGENTE DE LOS TEATROS.